

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Ataúdes de cristal

Lo realmente sorprendente e impactante en esta aventura no son solo los *ATAÚDES DE CRISTAL*, sino los ocupantes de estos. Cabe imaginarse a un difunto en un ataúd de cristal, y aunque el «espectáculo» no promete ser precisamente atractivo, todo estaría dentro de un mínimo orden, de una mínima lógica: tenemos un muerto, tenemos un ataúd, y tenemos un sepelio… Normal y corriente, dejando aparte que el ataúd sea o no sea de cristal. Pero cuando el difunto ni siquiera se ha enterado de la vida, la cosa cambia. Y mucho, porque… ¿cómo puede estar muerto alguien que no ha estado vivo?



Lou Carrigan

Ataúdes de cristal

Brigitte en acción - 311

ePub r1.0

Titivillus 29-08-2019

Lou Carrigan, 1981
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Preludio

James Huxley, norteamericano, jefe de la *station* de la CIA en Berna, Suiza, llegó cerca de la medianoche a su pequeño chalé sito en la Kasernenstrasse, cerca de la periferia de la ciudad. Dejó el coche frente a la casa, cruzó el diminuto jardín, y segundos después abría la puerta, utilizando el dorado llavín.

Cerró tras él después de encender la luz, y se dirigió directamente al pequeño saloncito. Encendió también aquella luz, fue al mueble-bar, y se sirvió un *whisky*.

Luego, con el vaso en una mano, se dejó caer en un sillón, y quedó pensativo.

Bueno, realmente no estaba ocurriendo nada especial. Todo era rutina. Pero una rutina agotadora, porque James Huxley hacía bien su trabajo, y, cuando se hace bien un trabajo, resulta fatigoso. Sobre todo, en espionaje. Rutina. No pasa nada. Así las cosas, uno se relaja, y entonces, cuando más relajado, tranquilo e incluso aburrido está uno, salta la liebre. Y si cuando salta la liebre, uno está demasiado relajado por la rutina, pues… la liebre se escapa.

Bien, ese era su trabajo, y punto.

Bebió un sorbo de *whisky*, y acto seguido miró el vaso con disgusto. Había quien bebía *whisky* sin hielo, pero a él le sabía entonces a madera quemada. Al demonio, a fin de cuentas tampoco costaba tanto esfuerzo ir a la cocina a por hielo. El esfuerzo valía la pena.

De modo que Huxley se puso en pie, y, siempre con el vaso en la mano, fue a la cocina. Encendió la luz, fue directo al frigorífico, y sacó de allí un par de cubitos de hielo, que dejó caer en el vaso, con cuidado para no salpicarse. Removió un poco el vaso, probó el *whisky*, y su gesto se iluminó.

Sí señor, eso ya era otra cosa. Cerró el frigorífico.

¿Y si se preparase un bocadillo? Había cenado en un agradable restaurante del centro de la ciudad, pero de eso hacía ya horas. Un bocadillo de algo, de lo que fuese, le sentaría estupendamente como acompañamiento del *whisky*. Bueno, ¿y qué? ¿Qué tiene de malo beber *whisky* con un bocadillo de… de queso? Sí, de queso. *Whisky* y queso.

James Huxley sonrió. En el fondo, era divertido: *whisky* y queso. Cosas así pueden ocurrirles a los hombres que viven solos. Seguro que si estuviese casado, o al menos tuviese una amiguita con la que convivir agradablemente, estas cosas no pasarían. ¡Queso con *whisky*! Sí señor, era divertido.

Y como era divertido, y además le venía de gusto, se preparó un bocadillo de pan casi seco con un buen trozo de queso Emmental. Un queso más bien… neutro. A él le gustaba más el Sbrinz, pero no tenía Sbrinz. En realidad, James Huxley, agente con mando de la CIA no tenía nada… Nada de nada. Su vida solitaria…, y ya era mucho. Sí, no era poco conservar la vida, desde luego. Aunque tampoco había que dramatizar demasiado, solo por ser espía. La mayoría de las veces, salvo que se sea un agente de altos vuelos, todo es aburrido. A veces, peligroso…, pero aburrido. ¡Qué contrasentido!: peligroso pero aburrido.

Bah, al demonio.

Mordió el bocadillo, y luego bebió un trago de *whisky*. ¡Caracoles, era sensacional! Anotar para los amigos: queso con *whisky*…

Estaba tragando el primer bocado cuando vio el levísimo resplandor fuera de la casa, en la parte de atrás. Se acercó más a la ventana de la cocina, y pareció que el resplandor aumentase. Enseguida, vio la forma de un automóvil. Tragó el bocado, parpadeó, y se quedó mirando aquella forma oscura. Sí, era un automóvil, estacionado detrás de su casa, con las luces de posición encendidas.

Una vez la idea penetró totalmente en su cerebro, Huxley casi saltó hacia atrás, sobresaltado. Luego, tras dejar el queso y el vaso sobre la cocina de gas, se deslizó rápidamente hacia el interruptor, mientras sacaba la pistola de la funda axilar. Con la mano izquierda apagó la luz.

Y solo entonces se dijo:

«—Si ahí fuera hubiese habido alguien dispuesto a liquidarme, ya lo habría hecho, ha podido verme por la ventana desde que he encendido la luz de la cocina».

La alarma decreció en la mente de James Huxley. Pero, cuando se acercó a la ventana de nuevo, todavía tenía la pistola en la mano. Miró hacia el coche, cuyo brillo parecía flotar en la oscuridad apenas disipada por las luces de posición, amarillas. El coche estaba casi dando frente a la casa. Por detrás, se veía el rojo resplandor de las luces de atrás.

Finalmente, Huxley distinguió aquel… bulto ante el volante del vehículo. Un bulto. ¿Un hombre? Lógicamente. Pero… ¿qué hacía allí un hombre, inmóvil ante el volante de su coche? La mirada de Huxley consiguió distinguir por fin la matrícula. Inmediatamente, su gesto tenso cambió. Se apaciguó. Acto seguido, frunció el ceño. ¿Qué hacía Ben allí, a aquellas horas, dentro del coche, inmóvil…?

Un lento escalofrío recorrió la espalda de Huxley.

Pensó en salir de la casa por la parte de atrás, por la cocina, pero no le gustaba aquello. No le gustaba ni pizca. Así que salió por la parte delantera de la casa, tras apagar todas las luces de esta.

Cinco minutos más tarde, tras haber tomado todas las precauciones, James Huxley estaba junto al coche, ante cuyo volante, en efecto, distinguió a su agente Benjamin Stockwell, caído hacia delante.

Huxley abrió cuidadosamente la portezuela. Luego, se inclinó, para contemplar el rostro de Ben, de perfil. Un rostro crispado, rígido. Huxley lo tocó, y lo encontró frío.

—Dios…

Al abrir la portezuela, se había encendido la luz del interior del coche, y, a esa luz, Huxley pudo ver los manchurrones de sangre en la espalda de Ben Stockwell. En la espalda. Le habían disparado por la espalda, y…

Entre la espalda de Stockwell y el respaldo del asiento que ocupaba este, Huxley vio por fin, en el asiento contiguo al ocupado por Stockwell, aquella cosa. Parecía una botella grande, con algo dentro. Sí, era una gran botella, un frasco enorme. Contenía líquido, y algo más.

James Huxley rodeó el coche por delante, abrió la portezuela del otro lado, y metió medio cuerpo dentro, para contemplar de cerca

la gran botella, y su contenido. No solo había líquido, sino algo más.

James Huxley tardó dos o tres segundos, quizá cuatro, en identificar lo que había dentro de la botella gigante. Y cuando la comprensión de lo que era aquello, de lo que estaba viendo, se instaló en su mente, Huxley palideció, lanzó un grito ahogado, y quiso apartarse tan rápidamente de aquello que su cabeza chocó con el forrado techo del coche. Luego, en su precipitación por apartarse de allí, el jefe de la CIA en Berna retrocedió con tal torpeza que cayó sentado en el suelo.

Un instante más tarde, vomitaba violentamente pan, queso y *whisky*.

Capítulo primero

La señorita Brigitte Montfort, norteamericana, periodista, residente en Nueva York, llegó a Berna, procedente de París, veintidós horas más tarde, es decir, cerca de las diez de la noche del día siguiente, tan próximo a terminar.

No era un viaje profesional, así que, como suele decirse, llegó «de incógnito», en el sentido de que ningún colega la esperaba. De todos modos, era poco probable que la señorita Montfort pudiese llegar «de incógnito» a parte alguna. No era la clase de mujer que pasa desapercibida. Más de metro setenta, elegante, escultural, bellísima, grandes ojos azules, boquita sonrosada, largos cabellos negros suavemente ondulados… La señorita Montfort, simplemente, causaba la admiración y el pasmo allá donde fuese, y era muy poco probable, por no decir imposible, que nadie se fijase en ella. No solo lo hacían las mujeres, con incontenible expresión de envidia, sino, lógicamente, los hombres.

Demasiado hermosa… Al menos, eso opinó en cierta ocasión, muchos años atrás, cierto Consejo de la CIA que no se mostraba dispuesto a admitir como agente de acción a la señorita Montfort. Presionado por cierto caballero llamado Charles Alan Pitzer, a la sazón jefe del Sector New York de la CIA, la señorita Montfort fue puesta a prueba en una dificilísima misión[1]. Terminada esta misión, el Consejo en cuestión decidió seguir «probando» las cualidades de la señorita Montfort como agente secreto.

Y ahora, años más tarde, la CIA se vanagloriaba de tener en la persona de la señorita Montfort, la más sensacional, astuta, inteligente e implacable espía del mundo: la agente N. Y. 7117, conocida en todos los servicios secretos del mundo con el sobrenombre de «*Baby*». ¿Qué misiones realizaba la señorita *Baby* Montfort? Todas. Pero, si algo movilizaba en el acto a la señorita

Montfort era la noticia del asesinato de un agente de la CIA en cualquier parte del mundo. Cuando la señorita Montfort recibía el informe de que uno de sus compañeros, un Simón, como ella los llamaba a todos, había sido asesinado, se podía tener por cierto que antes de veinticuatro horas aparecía en el lugar de los hechos, fuese cual fuese este lugar.

Y puesto que veintidós horas antes, un agente de la CIA destinado en Berna había sido asesinado de varios balazos en la espalda, la señorita *Baby* Montfort llegaba a Berna.

Así de simple.

Simple en apariencia, porque lo seguro era que quienquiera que hubiese disparado contra la espalda del agente Benjamin Stockwell solo viviría lo justo para arrepentirse de su error…

El taxi que Brigitte Montfort había tomado en el aeropuerto se detuvo, cerca de las diez de la noche, en el cruce de las Eigerstrasse y la Monbijoustrasse, al sudoeste de la ciudad, silenciosa y prácticamente solitaria, a excepción de vehículos de silenciosa y veloz marcha. La señorita Montfort, que hablaba perfectamente el alemán, pagó el servicio y se apeó, haciéndose cargo de su única maleta y de su gracioso maletín de tono rojo con florecillas azules estampadas. El taxista todavía vaciló un par de segundos, pero acabó por encogerse de hombros y alejarse. Si su pasajera quería apearse allí, era cosa de ella. Y fin del asunto.

La señorita Montfort quedó de pie en la acera, inmóvil, con la maleta junto a sus pies, el maletín en su mano izquierda… Pero no estuvo allí de plantón mucho tiempo. Ni siquiera hacía un minuto que el taxi se había alejado cuando un Mercedes Benz oscuro, silencioso, se detuvo frente a Brigitte. De los dos hombres que iban en el asiento delantero del vehículo, uno quedó ante el volante. El otro se apeó, se acercó a la señorita Montfort, y señaló su maleta.

—¿Necesita ayuda, señorita? —preguntó en inglés.

—Siempre me las he arreglado sola, gracias.

—Pero yo se la ofrezco de todo corazón.

Brigitte asintió. La contraseña ya estaba cumplida.

—Gracias, Simón.

El agente de la CIA consiguió esbozar una sonrisita. Abrió la portezuela derecha de atrás, la cerró cuando la señorita Montfort hubo entrado en el coche, y cargó la maleta en el portaequipajes.

Luego regresó a su asiento, junto al otro agente de la CIA, que estaba vuelto, contemplando a la admirada y amada agente *Baby*.

—Vámonos —murmuró.

El conductor asintió, y reanudó la marcha, tras la breve detención de apenas diez segundos.

Veinte minutos más tarde solamente, gracias al escaso tránsito de la hora, el coche se deslizaba por la Kasernenstrasse, casi al extremo nordeste de Berna, tras cruzar toda la ciudad. El conductor salió de la calzada, pasó junto a una casa, y tras rodearla, detenía el coche junto a otro. Apagó el motor y volvió la cabeza.

—Hemos llegado —susurró.

Brigitte asintió con la cabeza, y señaló el otro coche.

—¿Ese es el coche de él?

—Sí.

Se apearon los tres del coche. Una puerta se había abierto en la parte de atrás de la casa, y un hombre acudió al encuentro de la recién llegada, que se detuvo y se quedó mirándolo al resplandor de la luz de la casa.

James Huxley también se detuvo ante Brigitte, y murmuró:

—Soy Simón-Berna. Bien venida, *Baby*.

—Gracias.

Huxley vaciló, pero acabó por no tender la mano a *Baby*. Se sentía culpable de la muerte de Ben Stockwell en cierto modo, y sabía que eso no le hacía precisamente grato a los ojos de la divina espía. Ella tampoco hizo gesto alguno, así que Huxley se apartó, señalando la casa.

—Está en un dormitorio —susurró— esperando su autorización para enviarlo a casa.

—No creo que él pueda esperar ninguna autorización para nada.

—Quiero decir —palideció— que nosotros estamos esperando que usted autorice el envío. Qui-quiero decir el… el traslado del… del cadáver…

Brigitte Montfort entró en la casa por la cocina. Segundos más tarde, entraba en el dormitorio en cuyo lecho yacía Benjamin Stockwell, agente de la CIA asesinado por la espalda. Dos hombres acudían desde el saloncito de la casa, y había otro más, en el dormitorio, que se quedó mirando a la recién llegada. Pero esta solo tenía ojos para el cadáver.

Quedó junto a la cama, contemplando las rígidas facciones que parecían de cera. Ben Stockwell vestía corrientemente de calle, y su impecable camisa no se veía manchada en absoluto; las balas se habían hundido en su espalda, y se habían quedado allí. Eso era todo…

Brigitte Montfort aspiró hondo, y ordenó:

—Llévenselo.

Los dos hombres que la habían recogido en Berna se acercaron, vacilaron, y uno de ellos preguntó:

—¿Enviamos también la botella a Estados Unidos?

Baby miró hacia donde señalaba el hombre. Había una silla y sobre la silla algo que quedaba oculto por una toalla de baño. Se acercó a la silla, e hizo una seña. El agente de la CIA que había hecho la pregunta miró a James Huxley, que se acercó y retiró la toalla, mientras Brigitte se acuclillaba, para contemplar mejor el contenido de la gran botella.

Durante un par de segundos, pareció no entender. De pronto, palideció intensamente, sin poder contener una exclamación ahogada, pero de registro más alto, aguda.

—Pero… ¿qué es esto? —jadeó acto seguido.

Huxley se pasó la lengua por los labios, antes de musitar:

—Parece… un niño. Bueno, al menos yo… yo diría que es un feto… o algo así.

Un niño, un feto, o algo así… Las palabras quedaron como resonando en la mente de Brigitte *Baby* Montfort mientras contemplaba con expresión desorbitada el contenido de la botella. ¿Un niño, un feto…? Más bien, «algo así».

Era un ser de apariencia remotamente humana. Enorme cabeza, cuerpo menudo y como sin terminar, largo cordón umbilical que flotaba en el líquido que contenía la gran botella… Tenía brazos, pero no manos. Las piernas terminaban en lo que podía definirse como las rodillas, sonrosados y repugnantes muñones. No tenía nariz ni boca, y la enorme cabeza estaba pobladísima de negrísimo cabello rizado. Parecía un… extraño juguete monstruoso de goma blanda de color rosado. Repugnantemente rosado.

—Por Dios…

—No es agradable de contemplar —dijo Huxley—. Por eso, lo tenemos tapado con la toalla. Yo vomité al verlo.

Brigitte se incorporó, y caminó con paso incierto hacia otra silla, en la que se dejó caer. Huxley se acercó a ella, ofreciéndole un cigarrillo. Brigitte lo aceptó de buena gana, y tras fumar en silencio unos segundos, volvió a mirar el ser que había en la botella.

—Eso déjenlo aquí —ordenó; desvió la mirada hacia el cadáver colocado en la cama—… A él llévenselo ya. Déjenlo en el avión, y vuelvan todos aquí. Simón, explíqueme exactamente lo que pasó.

—No sé lo que pasó —recordó Huxley—: solo puedo explicarle cómo encontré a Ben ahí fuera, y lo que hice acto seguido.

—De acuerdo.

Mientras el cadáver era retirado, para ser llevado al avión que lo transportaría a Estados Unidos, James Huxley explicó a Brigitte *Baby* Montfort lo poco que sabía: su regreso a casa ya muy tarde la noche anterior, el bocadillo de queso con acompañamiento de *whisky*, el hallazgo del cadáver y del ser dentro de la botella, su violenta vomitera de todo eso, su puesta en contacto con la *station* de París… Al terminar, se quedó mirando a Brigitte, que había terminado el cigarrillo y caminaba hacia la mesita de noche, para apagarlo en el cenicero que había en aquella.

Hecho esto, *Baby* volvió a mirar a Simón-Berna.

—Se me informó —susurró— que usted tenía algo personal que aportar para el inicio de las investigaciones.

—Así es —murmuró Huxley.

—Después de lo cual, piensa solicitar la baja en la CIA.

—Sí.

—¿Por qué?

—Cuando me escuche estará usted de acuerdo conmigo.

—De momento, puedo escucharle. Y como deseo que eso —señaló la botella— se quede aquí, preferiría que conversásemos en otro sitio de la casa… ¡Y tápenlo de una vez, por Dios!

Uno de los Simones se apresuró a colocar de nuevo la toalla sobre la botella, mientras Brigitte salía del dormitorio. Huxley salió tras ella, y fueron ambos al saloncito.

La espía se sentó en un sillón, y miró alrededor.

—¿Vive usted aquí? —Miró a Huxley.

—Sí. Ya he trasladado todo el material…, aunque parece que no hay nada que temer. Pienso que si hubiesen conseguido seguir a Ben, ya lo sabríamos. Anoche mismo pudieron capturarme a mí, y

en ese caso, todo estaría mucho más complicado ahora.

—Parece razonable —admitió Brigitte—... ¿Cuál es su aportación personal a la investigación? No se quede de pie.

James Huxley se sentó, frente a la espía. Por supuesto, como todos los espías del mundo, había oído hablar de la agente *Baby*. Para los agentes de la CIA, *Baby* era algo así como un ángel encantador capaz de resolverles todos los problemas, fuesen cuales fuesen estos. Se decía, y se había comprobado, que la peligrosísima espía americana era de una dulzura angelical con sus Simones... Sin embargo, James Huxley comenzaba a dudar esto. Frente a él, tenía una mujer hermosísima, de grandísimos ojos azules de una pureza inaudita..., pero en aquel momento no tenía nada de dulce ni de angelical. Había en el bello rostro como un gesto de hielo, y sus ojos, simplemente miraban con tal escrutadora fijeza a Huxley que este comenzaba a sentirse sobrecogido, impresionado, y muy inquieto. ¿Desconfiaba *Baby* de él?

En la puerta del saloncito, los otros tres hombres de la CIA contemplaban como fascinados a la mujer que, a su llegada a Berna, había tomado no solo la dirección de aquel caso concreto, sino el mando absoluto de todo el Sector, automáticamente...

—¿Se encuentra mal? —preguntó *Baby*, fija su mirada en James Huxley.

—Si quiere que le diga la verdad, un poco... Lo siento.

—¿Quiere que lo dejemos para mañana? ¿Llamamos a nuestro médico en Berna? Si prefiere acostarse, o...

—No, no. Quiero hablar ahora, aunque lo que voy a decir no va a favorecerme en nada.

—Todos hemos hecho alguna vez algo que nos molesta —casi sonrió la divina espía—. Yo incluida, naturalmente. ¿Por qué está tan preocupado? ¿Cree que yo he venido aquí para asesinarle a usted? ¿Es eso lo que piensa? Me parece, Simón, que está usted olvidando que está hablando con *Baby*. ¿Lo ha olvidado, Simón?

Los otros tres comenzaron a sonreír, como aliviados. Huxley se pasó las manos por la cara.

—Discúlpeme —susurró—... Lo cierto es que temo que usted va a mostrarse incomprensiva e intolerante conmigo.

—¿Tan malo es lo que ha hecho?

—No he cumplido con mi deber. Digamos que he... ocultado

información a la Central.

Sus hombres lo miraron asombrados. Brigitte se limitó a preguntar:

—¿Qué clase de información?

—Usted sabe que… que a los agentes del Grupo de Acción les está terminantemente prohibido relacionarse con mujeres… Bueno, quiero decir, de modo… estable. No se trata de privarnos de alguna que otra aventurilla sexual, sino de impedirnos establecer relaciones duraderas y sinceras. Ya sé que esa orden está en relación directa con nuestra seguridad personal, y con la del servicio, pero no es… una orden simpática, ¿verdad?

—No, no lo es —admitió Brigitte—. Pero un agente del Grupo de Acción casado se convierte en una persona muy vulnerable; no solo él, sino su familia estarían siempre en peligro. Suponiendo que la mujer que dijese amarlo fuese sincera. La vieja jugada de controlar a un espía por medio de otro espía de sexo diferente… o del mismo sexo, siempre ha dado muy buenos resultados. O casi siempre… ¿Está tratando de decirme que usted ha creado… una familia, Simón?

—Yo, no: él, Ben Stockwell.

Los otros agentes de la CIA lanzaron exclamaciones de sorpresa. Brigitte *Baby* Montfort asintió, inescrutable el rostro.

—¿Quiere decir que Ben Stockwell se había casado, aquí, en Suiza?

—No… Todavía no estaba casado. Pero pensaba hacerlo muy pronto, con una muchacha llamada Greta Ratzel… Ella está esperando un hijo.

Quedó silencioso. Sus hombres le contemplaban ahora tensos, y todavía un tanto asombrados, como incrédulos. *Baby* bajó la mirada a sus manos, que extendió, como sintiendo grandísimo interés por sus uñas elegantemente manicuradas.

—¿Quién es ella? —Susurró, sin dejar de mirar sus manos—. Quiero decir: ¿a qué se dedica, qué familia tiene, qué clase de antecedentes personales o profesionales le conocemos? ¿Es suiza?

—Es suiza, huérfana de madre desde los nueve años, y de padre desde los quince. Está empleada como segunda secretaria en un banco, se gana bien la vida, vive sola y con desahogo, y no pude encontrar en su historial personal, familiar o profesional nada que

me pareciese preocupante. Ocupa un pequeño y confortable apartamento en el número 34 de la Herrengasse, en el centro. Es muy bonita… Mucho.

—Parece que la ha investigado a fondo —lo miró de pronto Brigitte.

—Sí… A fondo. Lo hicimos Ben y yo, después de que yo me diese cuenta de que algo le estaba ocurriendo. Lo interpelé, y me dijo que salía con una chica encantadora. Le dije que estaba loco, porque me di cuenta de que no era una aventura de cama, ya sabe… Él la amaba. La amaba de verdad. Le dije que yo estaba obligado a informar de todo eso a la Central, naturalmente. Y él me contestó que de acuerdo, que me comprendía. Y dijo… dijo que si tenía que elegir entre la CIA y Greta, se quedaría con Greta.

—Y usted no informó.

—Ben era uno de mis mejores muchachos…, por no decir el mejor —señaló Huxley por encima de su hombro hacia atrás, hacia los otros tres espías—… Pregúnteles a ellos.

—¿Usted no quiso perder a su mejor hombre?

—Bueno… No fue exactamente eso. Quizás esa posibilidad influyó en mi decisión, pero no fue solo eso. Pensé… pensé que nadie tenía derecho a decirle a una persona cuándo debe amar y cuándo no… Supongo que soy un estúpido, pero eso es lo que pensé. Yo… estimaba mucho a Ben. Y también a la chica, a Greta. Él me la presentó una tarde, en los Rosengarten [2], no muy lejos de esta casa. Estuvimos paseando y charlando un buen rato… Es encantadora.

—¿Sabe ella que Ben Stockwell es… era un agente de la CIA?

—Por supuesto que no. Ben le dijo que yo era su jefe, pero que ambos trabajábamos para una fábrica de relojes norteamericana que tenía relaciones comerciales e intercambio de patentes con algunas fábricas de relojes suizas.

Brigitte asintió.

—¿Sabe ella que Ben ha muerto? —preguntó acto seguido.

—No sé —Huxley desvió la mirada—… No la encontramos.

Baby se quedó mirando a Huxley, hasta que este la miró de nuevo.

—¿Qué quiere decir que no la encuentran? —preguntó de nuevo.

—No está en su apartamento. También nos hemos interesado en la banca donde trabaja… Hace dos semanas que no saben nada de ella.

—¿Quiere decir que la encantadora señorita Ratzel… ha desaparecido?

—Sí. Bueno, se me ocurre que quizás algo fuese mal y todavía esté en la clínica. No hemos tenido tiempo de…

—¿En la clínica? ¿En qué clínica? ¿De qué habla?

—Hace unas tres semanas, Ben vino a verme; me dijo que Greta estaba embarazada de cuatro meses. Ella se lo había estado ocultando, pero finalmente, se lo dijo, al parecer porque él captó algunos detalles; aunque quizá fue porque ya no habría podido ocultárselo por mucho más tiempo, lógicamente. Bueno, Ben estaba… contentísimo. Dijo que quería aquel hijo, y que en cuanto naciese, abandonaría la CIA. Me consultó respecto a algún médico adecuado para Greta; quería que la cuidasen bien, que vigilasen su embarazo, ya sabe… Me pareció que todo se estaba complicando demasiado, que nos estábamos comprometiendo mucho. Se me ocurrió que sería mejor que recurriésemos a un médico que no fuese de Berna. Y entonces recordé la clínica de Lausana. Es una clínica famosa, la Clínica Maternal… Se la recomendé a Ben, y convinimos en que lo primero era cuidar de Greta, y que mientras tanto ya pensaríamos alguna solución para él. Convinimos en que lo mejor para todos, mientras no tomásemos una decisión definitiva, era que él no se dejase ver con Greta en la clínica, ni en otros sitios. Así que Ben habló con Greta, ella estuvo de acuerdo en todo, y dijo que iría a Lausana, a la clínica, para que comenzasen a vigilar su embarazo, por si surgía algún problema.

—¿Surgió alguno?

—No, no. Greta estaba perfectamente, todo iba muy bien. Ella fue a la Clínica Maternal como una chica soltera que iba a tener un bebé, le dijeron que todo iba perfectamente, y eso es todo.

Brigitte reflexionó durante casi un minuto antes de preguntar:

—¿A qué se dedicaba Ben últimamente?

—A nada especial. Rutina. De lo contrario, es decir, suponiendo que él hubiese encontrado algo especial, se habría puesto en contacto conmigo.

—¿No contactaban diariamente?

—Claro que no. ¿Para qué? Solo haríamos que llamar la atención… Todo está muy bien organizado aquí, de modo que, salvo imprevistos, procuramos no relacionarnos más que una vez a la semana, a veces incluso más tiempo.

—¿Cuánto tiempo hacía que Ben no se ponía en contacto con usted?

—Contando hoy, cinco días.

—¿Y qué fue lo último que le dijo?

—Nada especial. Todo estaba normal.

—¿Y de pronto aparece en la parte de atrás de su casa, dentro del coche, y con la espalda llena de balas?

—Sí. Evidentemente, algo inesperado sucedió, él intervino en ello, y le dispararon, supongo que cuando escapaba. De todos modos, consiguió llegar al coche, escapar, y llegar hasta aquí. Yo llegué muy tarde anoche, así que no me encontró. Quizás utilizó el claxon para llamar mi atención, pero… Bueno, está claro que no tenía fuerzas ni para salir del coche, y que murió esperándome.

—Eso no sería culpa de usted, Simón.

—¡Todo es culpa mía, en lo relacionado con Ben! Me siento culpable, no puedo evitarlo. Si yo hubiese informado de la situación a la Central, seguramente le habrían ordenado regresar, o, si él hubiese conseguido que le aceptasen su dimisión inmediatamente, se habría quedado en Suiza, pero ya no como espía, y en ese caso, seguramente, estaría vivo…

—¿Por qué supone usted que ha muerto debido a algo relacionado con el espionaje?

Huxley contempló atónito a *Baby*.

—¿Qué quiere decir? —se desconcertó.

—Más bien parece asunto… científico. Y yo diría que relacionado con la muchacha, con Greta Ratzel. No olvidemos que usted encontró en el coche de Ben Stockwell un feto… o algo así. Lo único realmente importante que estaba haciendo en estos días Stockwell era lo relacionado con el embarazo de su novia, ¿no es así? Al menos, yo lo relaciono: una chica embarazada, un feto monstruoso dentro de una botella… ¿Qué sabemos de esa Clínica Maternal de Lausana?

—Bueno, tiene considerable prestigio, desde luego…

—Con seguridad, en esa clínica deben de nacer… toda clase de

seres, ¿no le parece? Quiero decir que no todos los partos serán normales, ni todos los niños que nazcan serán normales.

—¿Está sugiriendo que Ben consiguió esa botella en la clínica de Lausana?

—No creo que la consiguiese en un restaurante, pongo por caso.

—¿Y que escapó de allí con la botella…, y que le dispararon entonces… personas de la clínica?

—¿Se le ocurre de algún otro lugar del cual pudiese haber robado Stockwell un feto monstruoso?

—Pues… no. No, claro. Pe-pero… ¡Demonios, Lausana está a cincuenta millas de Berna! Demasiada distancia para que un hombre herido de la gravedad de Ben hubiese podido recorrerla conduciendo un coche. Además, Ben llevaba su pistola y su radio de bolsillo… Habría sido más práctico detenerse en cualquier parte desde donde pudiese comunicarse con nosotros, dentro del campo de acción de su radio, y llamarnos pidiendo ayuda.

—Todo esto —reflexionó *Baby*— parece llevarnos a la conclusión de que a Stockwell no le hirieron en Lausana, sino en Berna. Posiblemente, lo bastante cerca de aquí para que él prefiriese seguir con el coche, sin complicarle a usted la vida llamándole por la radio, posiblemente en un momento de lo más inoportuno. Stockwell estaba seguro de llegar a esta casa. Y lo consiguió. Usted dice que quizá tocó el claxon para llamar su atención, pero él tuvo que comprender muy pronto que no había nadie en la casa. ¿Por qué no le llamó entonces, ya a la desesperada, por la radio de bolsillo? Habría estado más que justificado, ¿no le parece?

—Pienso… pienso que quizá calculó mal sus fuerzas. Cuando pensó quizás en utilizar la radio… ya no tuvo fuerzas para hacerlo.

De nuevo quedó pensativa Brigitte.

Y esta vez, por largo rato, antes de preguntar:

—¿Hay en Berna algo que tenga sentido si relacionamos lo ocurrido a Ben Stockwell con un feto monstruoso?

—No… No.

—En cambio, tenemos una clínica a la cual fue Greta Ratzel. Una clínica especializada en maternidad, ¿no es así?

—Bueno, sí, pero…

—¿De cuántos hombres disponemos?

—De los que hagan falta. Si en Berna no hubiese suficientes,

podemos recurrir a los de otras *stations*, naturalmente.

—Muy bien. Movilice a los necesarios para obtener información sobre lo siguiente: a), qué estaba haciendo Ben Stockwell en su vida privada últimamente; b), lo mismo sobre Greta Ratzel; c), investiguen de nuevo a esa muchacha y búsquenla hasta encontrarla; d), quiero toda la información que se pueda reunir sobre la Clínica Maternal de Lausana; e), obtengan huellas digitales de esa botella, y compárenlas con las de Greta Ratzel, las cuales pueden conseguir en su apartamento; f), llamen a donde haga falta para que alguien se haga cargo de ese… feto y nos digan qué opinan sobre él, de qué se trata, qué puede significar; y g), llamen a París, para que desde allí informen a la Central que Ben Stockwell ha salido ya de Europa, y que en cuanto su cadáver llegue allí quiero que sea analizado en todos los detalles, y que nos envíen cuanto antes informe de Balística, de Huellas…, de todo: posible tierra en sus zapatos, manchas de formol en las manos o en la ropa, cualquier señal en el cuerpo, como, por ejemplo, si había tenido contacto sexual antes de morir… Todo. ¿Está claro?

—Sí, sí. Bueno, respecto a mi dimisión…

Brigitte *Baby* Montfort se quedó mirando hoscamente a James Huxley.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó acremente—. ¿Pretende abandonarnos ahora que tiene que trabajar para ayudarnos?

—Claro que no —palideció Huxley, sobresaltado—. Pero como por mi culpa…

—Todavía no ha quedado demostrado que usted tenga culpa de nada, al menos en lo que respecta a la muerte de Stockwell. Cuando llegue el momento, yo decidiré sobre la cuestión. ¿Tiene alguna duda?

—No… ¿Para… para cuándo quiere todos esos informes?

—Para ahora.

—Sí, entiendo. Creo… creo que deberíamos investigar también el coche de Ben…

—¿Es que aún no lo han hecho? —exclamó *Baby*.

—Bueno, como usted iba a venir, creímos preferible… esperar sus instrucciones concretas…

—Pues ya las tienen. Y ahora, discúlpenme, pero estoy muy cansada. Espero que no molestaré demasiado si me quedo a dormir

en esta casa.

—Desde luego que no. Puede ocupar mi dormitorio… No creo que a mí me sirva de nada esta noche. Además, como desalojé todo el material, tendremos que ir al nuevo escondrijo…

—Tráigalo todo de nuevo aquí. Si algo supiesen de usted, en efecto, ya estaría tan muerto como Ben Stockwell… Bueno, ¿qué están esperando?

La señorita Montfort se hizo cargo personalmente de su maleta, y abandonó el saloncito. Encontró enseguida el dormitorio de James Huxley, en el cual se instaló provisionalmente. Era más de medianoche cuando Brigitte Montfort, alias *Baby*, se tendía en la cama de James Huxley, ataviada con un elegante pijama largo de seda azul.

Diez segundos más tarde, dormía profundamente.

Capítulo II

Los dolores del parto eran atroces. Insoportables.

Valía más morir que continuar soportando aquello. Era como si su cuerpo se partiese por la mitad, se rajase de arriba a abajo y de derecha a izquierda. Ya no sabía si lo que se dilataba era el útero, la vagina, el sexo en su parte exterior, o, simplemente, que todo su vientre estaba explotando lentamente con un silencioso estallido que rasgaba sus carnes… Y no solo el vientre, sino también la boca, y las orejas, y la nariz… Era como si el niño estuviese naciendo en todo su cuerpo a la vez…

Le reventaba el cuerpo. Le faltaba piel, le faltaba carne. ¿Cómo había podido llevar dentro de su cuerpo un niño tan grande, tan enorme…? La estaba reventando al nacer, le estaba destrozando las entrañas, y los tímpanos, y los ojos… Los ojos le salían tanto de las órbitas que parecían a punto de saltar…

Y de pronto, uno de sus ojos saltó de la órbita, y quedó colgando hacia un lado del rostro por medio del nervio óptico. Sí, igual que una pelotita colgando de un hilo.

Pero no. No de un hilo.

De un hilo, no. Debía de ser una goma. Sí, tenía que ser una goma. El nervio óptico era una goma, delgada, de color sangre escarlata. Tenía que ser una goma, porque de pronto, el médico tocólogo, oculto su rostro por la blanca mascarilla, apareció junto a ella, cogió el ojo con dos dedos, y comenzó a tirar de él, alejándolo más y más del rostro de la parturienta. Sí, el nervio óptico era como una larga gomita que se iba estirando, estirando, estirando…

El tocólogo estiró tanto del ojo, que finalmente consiguió que este llegase al bajo vientre de la parturienta, la cual estaba muda de terror. Ya no le dolía nada. Pero estaba ocurriendo algo curioso… y estremecedoramente espantoso. Parecía que sus ojos se hubiesen… independizado uno del otro.

Con el ojo que continuaba casi desorbitado pero todavía en su rostro, veía al médico ante sus muslos abiertos, sosteniendo el otro ojo, el que ya había saltado de su rostro. Y con este ojo, unido al rostro por la gomita color sangre escarlata, la parturienta estaba viendo su propio sexo, dilatado increíblemente. El médico sostenía el ojo apuntado hacia el sexo, como si estuviese sosteniendo una linterna con la que quisiera iluminarlo.

Oh, sí, con aquel ojo veía su sexo enrojecido y dilatado espantosamente.

¡Espantosamente! Y veía la cabeza del ser que estaba naciendo. Solo la cabeza. Una cabeza enorme, llena de cabello de color verde. ¡Cabello color verde…! De pronto, el ojo que estaba en la mano del médico miró hacia el otro ojo, el que todavía estaba en el rostro de la parturienta. Los dos ojos se quedaron mirándose fijamente, fijamente, fijamente…

Era una mirada de reconocimiento y al mismo tiempo de sorpresa. ¿De modo que tú eres el otro ojo de la cara de mi usuaria?, parecían pensar ambos. Vaya, eres realmente igual que yo. ¿Sabes que tienes un color azul muy bonito, compañero?

—Gracias —replicó el ojo de la cara.

—Eres un ojo muy grande y muy bonito.

—Sí, sí, gracias. Tú también eres grande y bonito. Pero dime: ¿qué estás haciendo ahí? Deberías estar a mi lado, en la cara de nuestra usuaria.

—Es cierto, pero ya ves, me han traído aquí.

—¿Y qué ves ahí?

El ojo de la gomita desvió la mirada hacia el sexo de la parturienta.

—Pues veo el sexo de ella. Está dando a luz. Está naciendo un ser que tiene los cabellos verdes.

—¡Eso es imposible!

—Te aseguro que sí. Si no lo crees, ven tú mismo a verlo.

—Voy allá.

El otro ojo saltó por fin de la cara, con un sonido como de taponazo de champaña, y quedó sobre los senos de la parturienta. Una mano protegida por un guante de goma apareció sobre el segundo ojo, lo tomó, y lo llevó junto al primero, estirando del nervio óptico, que se convirtió también en una gomita, mientras

una voz femenina decía:

—Doctor, el otro ojo también ha saltado.

—Bueno, ¿qué más da? De esta pobre mujer no va a quedar nada entero, así que lo mismo da que le salten los ojos o no.

—Son unos ojos muy bonitos, doctor.

—Vamos, enfermera, déjese de tonterías y ayúdeme aquí.

—Sí, doctor.

Los dos ojos estaban ahora frente al sexo.

—¿Ves? —decía el primer ojo viajero—. Está naciendo un niño que tiene los cabellos de color verde.

—¡Pues es cierto! ¡Qué hecho tan insólito! Pero… no es un niño.

—¿Cómo que no?

—Quiero decir que no es propiamente un niño. Es extraño… ¡Mira qué extraño es!

Los dolores volvieron de pronto a todo el cuerpo de la atónita parturienta.

Hubo como una explosión en su bajo vientre, y el bebé apareció, sostenido por las manos del médico, que comentó:

—Vaya, otro monstruo… Es increíble. ¡Esta mujer ha parido ya veintisiete monstruos! Y todos diferentes.

—¿Preparo otro recipiente con formol, doctor?

—Sí, sí… Lo estudiaremos. Pero espere, espere… ¡parece que aquí llega otro bebé!

—Seguramente, será otro monstruo.

—Sí, seguramente… ¿Qué hace con esos ojos en las manos? ¡Tírelos, no sirven de nada!

La enfermera tiró los ojos hacia un lado. Los nervios ópticos se estiraron, se estiraron, se estiraron… Pareció que los ojos fuesen a llegar muy lejos. Pero, finalmente, la gomita dejó de dar de sí, y se encogió fuertemente. Se oyeron dos silbidos, y los dos ojos regresaron por el aire hacia las vacías cuencas orbitales, donde se incrustaron casi al mismo tiempo, haciendo un sonido blando y sonoro: ¡chok, chok! Entonces, la parturienta, de nuevo con sus ojos en la cara, vio el bebé que acababa de parir, y que el médico sostenía todavía en alto, mientras decía:

—Habrá que decírselo al padre.

—¡Pobre hombre! —exclamó la enfermera—. ¡Un caballero tan hermoso, y esta mujer le está dando hijos monstruosos! Es un

hombre muy educado, muy apuesto… Se llama Angelo Tomasini. Jamás adivinaría usted cuál es su profesión, doctor.

—¿Cuál es?

—Espía. Es un espía internacional. El mejor del mundo. Ella también es una espía.

—¿Ella? ¿Está segura, enfermera?

—Sí, sí… La llaman *Baby*. A él le llaman Número Uno. Son una pareja encantadora, que se aman mucho, muchísimo. Pero ya ve: ¡solo tienen hijos monstruosos!

La parturienta miraba a su último hijo, que no tenía ojos, ni boca, pero sí una enorme nariz que parecía un gusano. Era cierto, tenía los cabellos verdes. Y no tenía brazos. En cambio, tenía cinco piernas larguísimas. Oh, y un pene enorme, enorme… Era un pene descomunal, más largo y grueso que cualquiera de las cinco piernas; sin embargo, no tenía testículos.

Era tan definitiva y absolutamente monstruoso que la parturienta comenzó a gritar:

—¡No, no, no! ¡No se lo digan a él, no se lo enseñen a Número Uno, no se lo enseñen…! ¡No quiero que lo vea! ¡NOOOO…!

—¡NOOOOOO…! —gritó Brigitte Montfort, sentándose bruscamente en la cama.

Todo estaba oscuro a su alrededor. ¡Se había quedado ciega, además de estar pariendo hijos monstruosos! ¿Dónde estaban sus hermosos ojos azules que se hablaban uno al otro…?

En alguna parte se oyeron voces, y enseguida, pasos precipitados. La puerta del dormitorio se abrió, la luz se encendió… En el umbral, pistola en mano, James Huxley y otro Simón contemplaban sobresaltadísimos a Brigitte, sentada en la cama, desencajado el rostro por el espanto, llenos de lágrimas los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Huxley, lívido—. ¿Qué le pasa, *Baby*?

La extraviada mirada de Brigitte se centró en Huxley. Luego, pasó al otro hombre, al otro Simón. Después, Brigitte se dio cuenta de que estaba empapada en sudor. Completamente empapada, como si acabase de salir de una piscina o de una sauna. El pijama estaba pegado al cuerpo, las sábanas estaban mojadas, el sudor chorreaba por su rostro, por entre sus senos, por su vientre…

Los dos espías estaban ahora junto a la cama, mirándola

anhelantes.

—¿Se encuentra mal? —Insistió Huxley—. ¿Llamo a nuestro médico?

Brigitte *Baby* Montfort suspiró profundamente.

—No —susurró—… Estoy bien, gracias. Ha sido… ha sido solo una pesadilla.

—Está empapada… ¡Cielos, ¿qué ha soñado usted?!

—Nada… nada especial. ¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana.

—Bien… Ya he dormido bastante. Voy a darme un baño.

Media hora más tarde, ya vestida, Brigitte se sentaba en un sillón, y quedaba pensativa. Había sido horrible… Casi tan horrible como aquella vez en que por medio de drogas la hicieron soñar que a Número Uno le cortaban la cabeza y se la mostraban… Casi tan horrible como aquello. ¿Por qué había tenido aquella pesadilla…? ¡Un niño con los cabellos de color verde!

«—Debería retirarme una temporada a descansar —reflexionó la espía—… Estoy llegando a un punto en que todo me impresiona demasiado; sí, en lugar de ir insensibilizándome, voy adquiriendo una hipersensibilidad peligrosa. Me impresionó mucho, aunque no lo creyese entonces, ese feto metido en una botella… Y la historia de Stockwell con su amor por esa muchacha suiza que está embarazada. Y la muerte de Stockwell. Y…».

Brigitte Montfort se quedó de nuevo dormida, ahora en el sillón.

Pero afortunadamente, esta vez no tuvo ninguna pesadilla. Fue un sueño profundo, sereno y silencioso, del que salió, sin sobresaltos, al notar una presión en un hombro. Abrió los ojos, y vio a Simón-Berna inclinado hacia ella, mirándola preocupado. Por las ventanas se veía la luz del sol.

—¿Sí, Simón?

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. ¿Cómo van las cosas?

—Estamos trabajando en todos los puntos que usted ordenó. De momento, tenemos algunos datos sobre la Clínica Maternal. ¿Quiere desayunar antes o después del pequeño informe?

Brigitte miró su relojito de pulsera, y quedó atónita. Eran las once y veinte.

—¡Cielos! —exclamó.

—Debía de estar muy cansada del viaje —sonrió Huxley—. Y luego, la pesadilla… ¿Se encuentra bien?

—Espero que sí. Dígame qué sabemos de esa clínica, y después almorzaré cualquier cosa.

Simón se sentó en otro sillón.

—La Maternal Klinic es una entidad privada. Su director es un médico llamado Ludwig Baldus. La subdirectora, que se encarga directamente de la dirección del cuidado de las clientas, es una mujer al parecer bastante notable, llamada Hilde Funke.

—¿Por qué es notable esa mujer?

—Parece ser que tiene cierta tendencia a la homosexualidad.

—¿De veras? —Se pasmó Brigitte—. ¿Le gustan las mujeres a la doctora Funke?

—Eso parece. Estamos investigando más a fondo, para confirmar ese informe preliminar. También estamos buscando el modo de averiguar muy discretamente si Greta Ratzel se inscribió de algún modo en la Maternal Klinic. No nos ha parecido inteligente investigar de un modo directo.

—Desde luego que no. ¿Qué más sabemos?

—Nada más, por ahora. Y no creo que lleguemos a saber muchas más cosas a menos que metamos de lleno las narices en esa clínica, cuya principal característica, aparte de la calidad de su personal médico e instalaciones, es la discreción. Motivo por el cual muchos personajes de la *jet society* acuden a ella cuando llega el momento de su aristocrática reproducción.

—Eso está muy finamente expresado —sonrió Brigitte—. Entiendo que es una clínica cara.

—Más de lo que yo pensaba cuando se la recomendé a Ben Stockwell para que llevase allí a Greta.

—Quizás es tan cara que Stockwell y su novia decidieron buscar otra clínica —murmuró Brigitte—… En cuyo caso, nosotros estaríamos perdiendo el tiempo interesándonos por la Maternal… ¿No cree?

—No —movió la cabeza Huxley—… Por cara que fuese, Ben habría llevado a Greta a esa clínica. No solo estaba loco por la muchacha, sino que reventaba de alegría cuando supo que ella iba a tener un hijo. Ben se habría gastado hasta su último centavo ahorrado para que Greta tuviese lo mejor.

—De acuerdo. Pero pienso que quizás hay en Suiza otras clínicas incluso mejores que la Maternal, en cuyo caso, quizá Stockwell eligió finalmente otra.

—Eso sí podría ser —vaciló Huxley—; mejor, sí, pero nunca inferior a la Maternal. Ahora bien, Suiza está llena de excelentes clínicas, y si vamos a buscar «la mejor» no va a ser tarea fácil.

—Entiendo. Quizá sea conveniente dedicarnos a la Maternal, por el momento. ¿Sabemos algo de la muchacha?

—La están buscando todos los hombres disponibles… Hemos vuelto a preguntar por ella en el banco donde trabaja, pero sigue sin aparecer. No tienen la menor noticia de ella. Respecto a los demás puntos que usted estableció, estamos en ello. París ha confirmado que la Central se dispone a hacerse cargo del cadáver de Ben para realizar todos los análisis convenientes. Informarán cuando tengan el informe completo… Le envían saludos.

—¿A mí? Son muy amables. ¿Qué más sabemos?

—En la… botella donde está el feto o lo que sea, no hay ninguna huella que pueda adjudicarse a Greta Ratzel. Sí las hay de Ben, naturalmente. Y alguna que otra huella más, pocas. En cuanto al punto f), referente al feto, pues es eso: un feto nacido con malformación congénita. De todos modos, creo que van a proceder a un examen a fondo en busca de alguna causa que pueda haber provocado esa malformación. Podría ser debido a alguna droga, o medicamento inadecuado ingerido por la gestante durante el embarazo.

Brigitte asintió. Luego, quedó pensativa un par de minutos observada atentamente por James Huxley. La pregunta base era: ¿dónde había conseguido Ben Stockwell aquella botella con el feto monstruoso sumergido en formol? Una lógica elemental apuntaba hacia la Maternal Klinic, desde luego. O un lugar parecido, donde naciesen niños. Ahora bien: ¿tenía lógica que Stockwell robase una botella con un feto sumergido en formol? ¿Por qué había hecho semejante cosa? ¿Y qué lugar podía ser ese donde había gente armada que no había vacilado en disparar contra la espalda del ladrón de fetos? ¿Qué clase de gente podía ser esa? No parecía razonable que fuese personal médico. Los médicos no van por ahí armados con pistolas para dedicarse a disparar contra un hombre que, simplemente, se lleva un feto. Lo razonable, si el feto forma

parte de material de estudios científicos, es que el personal médico que los está realizando avise a la Policía: señores, nos han robado un frasco con un feto…

Parecía un absurdo caso civil, un hecho desconcertante. Pero… Pero, lo que la espía internacional no podía olvidar era que Benjamin Stockvell no era un simple ladrón, sino un agente secreto al servicio de la CIA. Entonces, surgía otra pregunta base: ¿había robado Stockwell el feto como agente secreto, o simplemente como hombre, como compañero de una muchacha que había acudido a una clínica, fuese o no la Maternal, para procurarse cuidados antes de dar a luz y asegurarse una buena atención médica cuando llegase el momento?

Brigitte miró de pronto a Huxley.

—¿Pueden conseguirme un coche?

—Naturalmente.

—Bien. Después de almorzar viajaré a Lausana… Quiero ver de cerca esa clínica. Usted y los demás Simones permanecerán en Berna de momento, continuando su labor. Si necesitase apoyo, les llamaría por la radio, aunque tuviese que utilizar el suplemento de largo alcance.

—¿Podemos llamarla nosotros?

—Solo si el informe a transmitir fuese realmente importante. Salvo esa circunstancia, olvídense de mí y sigan con su trabajo. Bueno, creo que ya ha llegado la hora del almuerzo, ¿no le parece?

Capítulo III

La Maternal Klinic estaba edificada en el centro de una amplia zona ajardinada protegida por artísticas verjas de hierro. Sita en la parte alta de Rue de la Borde, enfrente mismo del Bois de Sauvabelin, a unos seiscientos metros de altitud, con vistas al lago Leman, su aspecto no podía ser más sedante y agradable. Mientras conducía el Volkswagen por el amplio sendero flanqueado por pinos y arbustos de flores, la hermosa rubia de ojos verdes iba mirando a todos lados, con gesto complacido. Todo estaba en orden, todo limpísimo, todo cuidadísimo. Al final del corto sendero, el blanco, pulcrísimo edificio de ventanas y toldos de color azul pálido. Entrar allí era una invitación al descanso, al relax. Cuando la espléndida rubia detuvo el coche en la zona de estacionamiento y paró el motor, comenzó a oír cantos de pájaros. Eran apenas las cinco de la tarde.

La rubia se apeó del coche, y se dirigió resueltamente hacia el edificio, al cual entró muy decidida. Un amplio vestíbulo reluciente, adornado con flores y un par de bellos cuadros, un pasillo, un mostrador atendido por una encantadora joven de blanquísimo uniforme. La rubia se acercó al mostrador, observada por la sonriente recepcionista.

—Buenas tardes —saludó en alemán—… Quisiera ver a la doctora Funke.

¿Está en la clínica?

—¿Está usted citada con la *Fräuen Doktorin* [3] ?

—No… No. Pero agradecería muchísimo que me recibiera esta misma tarde. Acabo de llegar a Lausana, y después de hablar con la doctora todavía tengo que buscar alojamiento… Lamento molestar.

—Si es posible, *Fräuen Doktorin* la recibirá —sonrió la recepcionista.

Pulsó unas teclas de un aparato en cuya parte alta había una

pantalla. Se oyó un suave sonido de grabación a medida que las letras iban apareciendo en la pantalla, componiendo un mensaje en alemán y en francés. La recepcionista tuvo suficiente con el alemán. Miró a la rubia.

—*Fräuen Doktorin* está en este momento atendiendo un parto —informó—. Por favor, dígame su nombre y motivos de la visita, y pasaré la información por el ordenador al receptor de la doctora.

—Bueno… Los motivos supongo que son evidentes. Vengo a… a contratar sus servicios para atender a una persona que pronto la necesitará… Mi nombre es Ploss; Tania Ploss. La doctora no me conoce… Oh, estoy pensando que quizá podría recibirme el doctor Baldus.

La recepcionista volvió a utilizar el ordenador. Leyó lo que apareció en la pantalla, y miró a Tania Ploss.

—Absolutamente imposible, señorita Ploss.

—Bueno —sonrió la rubia—… A fin de cuentas creo que mi primera idea era la buena: estoy segura de que me entenderé muy bien con la doctora Funke, de mujer a mujer.

La recepcionista pareció sonreír con una fugaz expresión levemente irónica. ¿O se lo pareció a Tania, nada más? Luego, envió el mensaje, informó a Tania Ploss de que podía esperar en la salita del otro lado del vestíbulo, y preguntó si podía servirla en algo más.

—No, gracias. Ha sido usted muy amable. ¿Me avisarán cuando la doctora pueda recibirme?

—En cuanto sea posible, en efecto.

—De nuevo gracias.

Tania Ploss cruzó el vestíbulo, entró en la salita, que estaba vacía, y se sentó en uno de los sillones. La salita encajaba con el resto de lo que había visto de la Maternal Klinic: lujosa, pero seria, elegante, confortable. Todo nuevo, todo impecable. Una bonita lámpara en el techo, dos pantallas de pie, cuadros, un gran jarrón precioso, lleno de flores… Sobre una mesita baja, un par de ceniceros y algunas revistas. Tomó una de las revistas, y comenzó a hojearla. Muy pronto vio el nombre del doctor Ludwig Baldus en una de las páginas, al pie de un artículo sobre obstetricia, naturalmente. Tania Ploss no tuvo dificultad alguna para leerlo, en alemán; y lo hizo rápidamente. En las otras revistas había también

artículos firmados por Ludwig Baldus. Y algunos, muy pocos, firmados por la doctora Hilde Funke, de menos profundidad que los escritos por Baldus, pero interesantes también, referidos a los cuidados prenatalicios de las gestantes…

Casi una hora más tarde, Tania Ploss tenía una idea bastante exacta sobre las personalidades de Hilde Funke y Ludwig Baldus por medio de sus artículos. Personalidad profesional, desde luego. Ambos parecían eficaces, metódicos e inteligentes, como buenos germanos. Sus escritos eran pulcros y precisos, y, aunque ciertamente la señorita Ploss no tenía conocimientos suficientes para juzgar a ambos médicos, sí los tenía para llegar a la conclusión de que estaba ante dos profesionales de reconocida solvencia, seriedad y gran talla.

Y puestas así las cosas… ¿podía relacionar a Baldus y a *Fräuen Doktorin* con gente que dispara contra la espalda de un hombre que todo lo que ha hecho ha sido robar una botella con un feto? Casi estaba pensando ya en marcharse cuando la puerta de la salita se abrió, y apareció una joven enfermera, que la miró sonriente.

—¿Señorita Ploss?

—Sí… —Se puso en pie la rubia.

—Por favor, sígame. *Fräuen Doktorin* la recibirá ahora.

Salieron al vestíbulo, caminaron por el pasillo, llegaron ante una puerta. La enfermera la abrió, y se apartó. Tania Ploss entró en un amplio despacho, con un hermoso ventanal desde el que se veía parte del jardín. Un despacho acorde con todo lo demás.

La mujer que había sentada tras la mesa también parecía encajar perfectamente en aquel ambiente. Se había puesto en pie al abrirse la puerta, y acudía al encuentro de Tania Ploss, con una leve pero adecuadamente cortés sonrisa en sus delgados labios. Toda ella era delgada, todo en ella era fino, seco, fibroso. Llevaba una bata blanca impoluta, de modo que Tania comprendió que se había cambiado después de atender el parto que la había tenido ocupada… La doctora Funke llevaba lentes de gruesos cristales, tras los cuales se veían diminutos sus ojos; su rostro también era seco, enérgico, y su boca era delgada, y no llevaba maquillaje alguno. El cabello, quizás excesivamente corto, terminaba de conferir al aspecto de Hilde Funke un aspecto no demasiado femenino.

Y quizás algo era más o menos verdad con respecto a las

preferencias sexuales de la doctora Funke, porque Tania Ploss vio el destello en sus ojos empequeñecidos tras los cristales de los lentes cuando la recorrieron de arriba a abajo, deteniéndose un instante de más en el contorno de sus bonitos senos…

—Señorita Ploss —habló en alemán la doctora—, siento haberla hecho esperar, pero…

—Por favor, doctora —aceptó Tania la delgada y fuerte mano de Hilde Funke—… Comprendo perfectamente que hay trabajos que no pueden dejarse. Sobran las disculpas.

—Muy amable. ¿No quiere sentarse?

Tras el apretón de manos, Hilde Funke no soltó la de Tania sino que tiró de ella, llevándola hacia un rincón del despacho donde había dos sillones, en uno de los cuales la dejó acomodada. Ella se sentó en el otro, frente a la bella Tania Ploss. Tomó de la mesita que había al lado una caja de nácar, de la que brotó música al abrirla.

—¿Fuma usted? —ofreció.

—Sí, gracias.

Tania encendió el cigarrillo, y luego se quedó mirando con cierta expresión dubitativa a la enfermera que la había acompañado hasta allí, y que permanecía en la puerta. La doctora siguió la mirada de Tania hasta la enfermera.

—Gracias, Sigrid. Por hoy hemos terminado… espero.

La enfermera comprendió al instante, y retrocedió, cerrando la puerta, mientras decía:

—Si llega alguna nueva paciente, avíseme, por favor.

—Naturalmente.

La puerta se cerró. Tania Ploss sonrió cuando la doctora la miró, y dijo:

—Su trabajo debe de ser muy interesante, doctora…, pero bastante esclavo, ¿verdad? Por lo que yo tengo entendido, las señoras no se molestan en esperar un determinado momento para dar a luz.

—Bueno —sonrió amablemente la Funke—, no es culpa de ellas, pobrecillas. Bastante mal lo pasan para encima exigirles que vayan de parto a una hora digamos… laborable. El hecho de que a mí me llamen a casa a las tres de la madrugada, por ejemplo, para atender a una parturienta, resulta molesto, sin duda, pero… pongámonos en el lugar de la pobre mujer, y seguro que la disculparemos.

—Por supuesto —casi rio Tania—. Es usted muy comprensiva, doctora.

—De otro modo, no me dedicaría a esto. Mmm… Señorita Ploss: ¿está usted esperando un bebé?

—¿Yo? ¡Cielos, no!

—Ah. Bueno, puesto que ha venido a consultarme…

—Oh, la consulta no es para mí. Quiero decir que ni siquiera es una consulta, sino una… preconsulta. En definitiva, doctora, vengo en nombre de otra persona, que sí está embarazada, y que quisiera asegurarse sus cuidados y la estancia en esta clínica cuando llegue el momento.

—Entiendo. ¿De cuánto tiempo está embarazada esa persona?

—De cinco meses.

—¿La ha visitado ya algún médico?

—No… No.

—Mal hecho. Ya sé que parir es algo que se hacía en la Edad de Piedra sin darle demasiada importancia, señorita Ploss, pero… digamos que para algo hoy en día tenemos una Ciencia muy avanzada. ¿No está de acuerdo? Es absurdo arriesgar la vida de la madre o la del bebé, en estos días. A menos que la embarazada no quiera tener el bebé, lo cual no me parece que sea el caso en esta ocasión.

—Claro que no. Mi amiga quiere tener el niño, desde luego.

—Impedir eso a estas alturas sería un auténtico asesinato. Y no digamos del peligro que entrañaría para la madre… ¿De cinco meses? Bien, le quedan cuatro, entonces… Si me lo permite, echaré un vistazo a nuestros ingresos previstos para dentro de cuatro meses.

—Cómo no. Gracias.

La doctora Funke regresó a su mesa, y sacó una libreta archivadora, a la que dedicó su atención.

Tania Ploss miró a su alrededor con aparente indiferencia. Vio el receptor de los mensajes del ordenador, dos teléfonos sobre la mesa, los cuadros, la gruesa alfombra, la puerta que debía de comunicar con la sala de visitas propiamente profesionales… Los muebles eran hermosos y sólidos. Todo era caro. ¿Fetos monstruosos en aquel lugar? Bueno, quizá, pero… ¿había allí gente que disparase contra hombres que robaban frascos conteniendo esos fetos sumergidos en

formol?

—Me satisface poder decirle que no habrá problemas para internar a su amiga, señorita Ploss —dijo la doctora; cerró la libreta archivador, la guardó, y volvió a sentarse frente a Tania, tomando el cigarrillo con sus huesudos dedos—… Sin embargo, la Maternal Klinik no se hará responsable de su amiga hasta haber realizado en ella un examen completo.

—Me parece natural…

—Lo que quiero decir —casi sonrió la Funke—, es que puesto que ella está en tan avanzado estado de gestación, nosotros queremos asegurarnos de que no hay problemas especiales.

—Oh, bueno, no creo que los haya, francamente.

—De todos modos, la atenderíamos, por supuesto, pero declinando la responsabilidad por las consecuencias que pudiera tener la tardanza de su amiga en ponerse en nuestras manos.

Tania reflexionó unos segundos, antes de asentir.

—La comprendo a usted. Pero de veras, todo está bien.

—Me complace mucho. Oh, estoy verdaderamente distraída… ¡Ha sido un día tan fatigoso! Si me dice el nombre y otros datos de su amiga, volveré a mi mesa y anotaré…

—Bueno…

—¿Sí? —Se sorprendió Hilde Funke—. ¿Ocurre algo?

—Verá, doctora, sucede que… Bien, de momento, no puedo decirle el nombre de mi amiga.

—¿Por qué?

—Es una persona muy conocida. Desde que el embarazo comenzó a ser evidente, está oficialmente de viaje, pero la realidad es que se oculta. Y no reaparecerá en su ambiente habitual hasta después de haber tenido el bebé.

—Lo que significa que su amiga no desea que nadie sepa que habrá sido madre.

—Sí… Exactamente. Sin embargo, como es natural, desea ser atendida en todo momento. Me pregunto si sería posible… inscribirme a mí en su libro, y, cuando llegue el momento, recibir a mi amiga.

Hilde Funke se quedó mirando fijamente a Tania Ploss, que se sintió… perforada por aquellos grises, empequeñecidos e inteligentes ojos.

—Como usted comprenderá, señorita Ploss, eso sería… bastante irregular.

—Sí, lo comprendo. Sin embargo, mi amiga está dispuesta a compensar… adecuadamente las molestias que la amabilidad de ustedes hacia ella pudiese ocasionarles.

Las finas cejas de Hilde Funke se arquearon, y en sus labios apareció lo que podía interpretarse como sonrisa. Irónica, desde luego.

—No quisiera molestarla con mis palabras, pero la Maternal Klinic no precisa compensaciones de ninguna clase. Espero que se haya dado usted cuenta de que es una clínica de primer orden, de gran categoría… Y le aseguro que no la hemos alcanzado por medios… poco correctos.

—Lo siento. Tampoco yo quisiera que usted se haya molestado, doctora. Bien, la situación es un poco embarazosa… ¡Pero se me ocurre algo que quizás…! ¿Puedo echar un vistazo a su libreta? A los nombres inscritos en ella, quiero decir.

—¿Para qué?

—Si tuviésemos la suerte de que para las fechas en que mi amiga espera dar a luz, no tuviesen ustedes otra paciente que pudiese reconocerla, quizá mi amiga aceptaría dar su nombre. De este modo, ella estaría tranquila, y ustedes no habrían hecho nada irregular. Claro que si su libro no puede ser examinado por nadie…

—Por supuesto que sí. Y ello es debido precisamente a que todas las personas que vienen aquí no pretenden ocultar nada. Tendré mucho gusto en mostrarle el libro de entradas, y las previsiones para cinco meses. Venga, por favor.

Fueron las dos hacia la mesa, y la doctora sacó de nuevo el libro, que abrió y ofreció a Tania Ploss, que se había colocado junto a ella. Tania retrocedió hasta bastante más allá de la fecha en que se sabía que el agente de la CIA Ben Stockwell podía haber llevado a su novia, Greta Ratzel, a la Maternal Klinic, y procedió luego a ir leyendo rápidamente los nombres inscritos, hasta la última previsión de entrada, que terminaba casi siete meses más adelante…

No constaba el nombre de Greta Ratzel. ¿Quizá Ben Stockwell había inscrito a su novia con otro nombre? No parecía probable, considerando la rectitud de los procedimientos de la Maternal

Klinic, que sin duda habría pedido alguna documentación a la muchacha. Conclusión definitiva, al menos aparentemente: Greta Ratzel no había sido llevada por Stockwell a la Maternal Klinic.

Muy bien.

Entonces… ¿de dónde había sacado Stockwell el feto, dónde le habían herido de muerte? ¿En Berna? ¿Y dónde estaba Greta Ratzel?

—Bien… Parece que no hay ningún nombre que pueda inquietar a mi amiga —murmuró por fin Tania Ploss.

—Lo celebro por ella. Y en ese caso… ¿la inscribimos?

Tania vaciló unos segundos; por fin, sonrió a la doctora, como disculpándose.

—¿Le molestaría a usted que antes lo consultase con ella, doctora? Estamos llevando esto con el mayor secreto, y no quisiera ser yo quien cometiese una indiscreción que pudiese comprometer a mi amiga.

—No hay inconveniente.

—Gracias. Es usted muy amable… Y ella es una tonta. —El ceño de Tania se frunció—… De todos modos, le está bien empleado, por complicarse la vida.

—¿Quiere decir que su amiga es soltera?

—Sí. Pero además… Bueno, cosas mías. Simplemente, me pregunto qué necesidad tenía de complicarse la vida con hombres.

Hilde Funke parpadeó.

—Es lo natural, ¿no?

—Sí, sí… Claro. Bueno, no sé, quizá se podría discutir mucho sobre el tema. Lo que quiero decir es que no veo la necesidad de recurrir a los hombres para… Oh, me temo que la estoy entreteniendo demasiado, doctora. ¡Y a mí se me está haciendo tarde, tengo que buscar todavía un hotel…! ¿Puede usted recomendarme alguno? Hubiese querido regresar hoy mismo a… a mi punto de origen, pero se me ha hecho tarde. No me gusta viajar de noche.

—Sí, es un poco inquietante. —La mirada de Hilde Funke estaba muy fija en los ojos de Tania Ploss—. Por supuesto, hay buenos hoteles en Lausana, de modo que podría recomendarle muchos…, pero sería grato para mí que aceptase usted mi invitación.

—¿Su invitación? No comprendo… ¿Quiere decir que podría

quedarme en la clínica esta noche?

—No, no —rio la Funke—... Eso no es posible. Sin embargo, mi apartamento es lo bastante amplio para permitirme tener invitados.

Tania se quedó mirando atónita a la doctora.

—¿Me está usted invitando a su casa? —exclamó.

—¿Por qué no? Vivo sola, y cuando salgo de aquí el tiempo se me hace siempre muy largo. Tener de cuando en cuando alguna persona interesante con la que conversar me resulta muy agradable.

—Bueno... Vaya —sonrió Tania—, ¡de verdad es usted muy amable, doctora! Y creo... Sí. ¿Por qué no? ¡Acepto encantada!

—Estupendo. Se entiende que ha venido usted sola a Lausana.

—Sí, sí. Como usted comprenderá, mi amiga y yo estamos haciendo esto en el máximo secreto... ¡Casi resulta emocionante!

—Supongo que sí —rio de nuevo Hilde Funke—... Sin embargo, quizás alguien sospeche algo, si ustedes estuvieron preguntando por una clínica para...

—¡Nada de eso! Caramba, no somos tan tontas... Simplemente yo he venido a Lausana, he preguntado a gente desconocida... He echado un vistazo a dos o tres clínicas, pero esta es la que más me ha gustado. Es... sedante, ¿no cree?

—Mucho. Tengo todavía algunas cosas por ordenar, señorita Ploss. ¿Tendría inconveniente en esperarme unos minutos?

—Claro que no. La esperaré en la salita que...

—De ninguna manera. Por favor, quédese aquí mismo. Yo iré a hacer una rápida ronda, daré algunas instrucciones a las enfermeras, me aseguraré de que todo queda en orden, y podremos marcharnos. ¿Le parece bien?

—Naturalmente.

—No espero tardar más de quince o veinte minutos —se dirigió Hilde Funke hacia la puerta—. Instálese a su gusto. ¿Quiere alguna revista...?

—No, no. Ya he leído algunas mientras esperaba que me recibiese. Escribe usted unos artículos muy interesantes... Para mí son más comprensibles que los que escribe el doctor Baldus, el director... Debe de ser un hombre... un tanto complejo, ¿no?

—¿Complejo? —Se sorprendió la Funke—. No, en absoluto. Es solo un médico investigador de gran categoría. Es natural que las personas no pertenecientes a la profesión tengan dificultades para

comprender sus artículos.

—Oh, claro… Por favor, no pierda más tiempo por mí.

—Terminaré lo antes posible. Hasta ahora.

Hilde Funke salió del despacho, cerró la puerta, y todo quedó en silencio.

Tania Ploss estuvo unos segundos mirando la puerta. Luego, se quedó mirando el libro de entradas, que había quedado sobre la mesa. Ni lo tocó. Ni tocó nada, ni miró nada. ¿Todo era natural…, o la estaban poniendo a prueba? ¿Alguien la estaba viendo por algún medio sofisticado, que parecían abundar en la modernísima clínica? ¿La vigilaban, querían ver qué hacía…?

Pues se iban a quedar con un palmo de narices. Regresó al sillón, se sentó, y encendió otro cigarrillo.

Capítulo IV

—Lo siento —se disculpó Hilde Funke, entrando rápidamente—, pero precisamente la última paciente parecía tener unas pequeñas complicaciones…

—No se preocupe. Ni siquiera ha tardado usted media hora. Espero que todo vaya bien.

—Oh, sí, sí. En la Maternal Klinic prácticamente todo está previsto…, y lo que no está previsto son pequeños contratiempos que siempre se solucionan fácilmente. —Mientras hablaba, Hilde Funke se había quitado la bata, que colgó cuidadosamente en un pequeño armario; se volvió hacia la rubia Tania Ploss—. Bien, ¿nos vamos?

—Cuando usted guste.

—¿Ha venido en taxi?

—No, no. Alquilé un coche —sonrió—… Ya sabe: discreción total. Un coche alquilado es lo más anodino que existe, ¿no le parece?

—Supongo que sí. Bueno, podemos ir en su coche. Dejaré el mío aquí, y mañana vendré yo en taxi.

—Pero la estoy molestando demasi…

—En absoluto. Detesto conducir, de modo que salgo beneficiada.

—Menos mal —rio Tania—… ¿Sabe, doctora? He estado pensando que, además de su labor médica, usted sería una excelente persona para atender las relaciones públicas de la clínica.

Salieron del despacho riendo las dos. Poco después, salían de la clínica, y Tania señaló su coche, con matrícula de Ginebra. La doctora Funke la miró, pero no hizo comentario alguno. Tania se puso al volante, y partieron.

—¿Conoce Lausana? —preguntó Hilde.

—Un poco. ¿Dónde vive usted?

—En la Avenue de Rhodanie.

—Oh, sí… ¡Esa parte sí la conozco! Está frente al puerto y los jardines, ¿no es así?

—En efecto. Tengo unas hermosas vistas sobre el lago.

—Los lagos son bonitos —comentó Tania—, ¡pero donde esté el mar…!

—¿Le gusta el mar? —La miró sonriente Hilde.

—¿Que si me gusta? ¿Sabe cuál es la mayor pena y tragedia de mi vida, doctora?

—Creo que debería llamarme Hilde, simplemente. ¿Le parece bien?

—Siempre y cuando usted me llame Tania.

—Espero, Tania, que la pena y tragedia de su vida sea… soportable.

—Bueno, sí… ¡Pero es toda una tragedia! Yo nací mujer, y esa es la tragedia: ¡habría preferido nacer sirena! O cuando menos, me gustaría ser una gaviota. —Hilde Funke estaba riendo, y Tania la miró sonriente—… No se ría, Hilde, por favor. ¿Acaso no es el mar mejor que la tierra? ¡Y no digamos el aire! ¡Ah, ser una gaviota, poder volar por todos los mares, poder zambullirme allá donde quisiera…! ¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

Hilde Funke, que estaba riendo abiertamente, puso una mano en un muslo de Tania, y apretó cálidamente.

—¡Es usted muy simpática! ¡Me alegro mucho de haberla invitado!

Tania soltó la mano derecha del volante, y acarició la mano que tenía sobre su muslo, como agradeciéndole su actitud cariñosa.

—Yo también me alegro de estar con usted, Hilde.

Notó la leve crispación en la mano de la doctora. Retiró la suya enseguida, colocándola de nuevo sobre el volante.

Apenas quince minutos más tarde, Hilde señalaba un edificio blanco, en la Avenue de Rhodanie.

—Allí, aquel edificio blanco de tres pisos… Hay estacionamiento subterráneo. ¡Oh! ¡No he pensado en recoger la llave del estacionamiento de mi coche…! Bueno, a esta hora es posible que lo encontremos abierto…

Tuvieron suerte. La sólida puerta de pulida madera estaba alzada. Tania enfiló la amplia rampa descendente, y Hilde señaló a su izquierda, un gran botón rojo.

—Será mejor que cerremos. Aunque nos ha favorecido el descuido de alguno de mis vecinos, siempre es mejor tener el garaje cerrado… Ese botón rojo.

Tania, que estaba mirando por el retrovisor, lo señaló.

—No hace falta. Está entrando otro coche detrás de nosotras, así que sus ocupantes cerrarán, supongo.

Hilde se volvió en el asiento, para mirar a través del cristal zaguero. En efecto, otro coche entraba tras el de Tania Ploss. Pero el ceño de la doctora se frunció.

—No conozco a sus ocupantes. Ni siquiera recuerdo haber visto nunca ese coche aquí dentro… Y todos los vecinos del edificio convinimos que nuestros invitados no podían estacionar sus coches aquí; el garaje es demasiado pequeño…

—Quizás el conductor cree que esto es un *parking* público.

—Pues me va a oír: ahí fuera dice bien claramente que esto es un garaje privado.

—Bueno, no se preocupe: son tonterías propias de los hombres… ¡Creen que tienen derecho a todo!

—Les demostraré que no. Esa es mi plaza, la nueve…

Tania condujo hacia la plaza indicada, encajando el coche perfectamente entre las dos líneas blancas pintadas en el piso de cemento… El otro coche llegó, y se detuvo detrás del de Tania, de modo que si esta hubiese querido dar marcha atrás no habría podido: había quedado encajonada.

—Pero… ¡¿qué se han creído…?! —Estalló Hilde Funke—. ¡Voy a decirles lo que pienso de ellos!

Salió rápidamente del coche. Del otro coche salían dos hombres, uno por cada lado de la parte delantera. Y lo hicieron tan deprisa que la puerta derecha golpeó el parachoques trasero del coche de Tania, que retumbó. Tania también salió del coche, fruncido el ceño…

—¡Oigan! —Comenzó a increpar Hilde—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Con qué derecho han entrado en este garaje? ¡Hagan el favor de salir inmed…!

Su voz se convirtió en un grito agudo cuando el hombre que se dirigía a ella lanzó una risotada y le puso las manos sobre los senos, empujándola hacia la pared del fondo. Tania, que los estaba mirando, respingó, y, como comprendiendo de pronto algo, miró al

hombre que se acercaba rápidamente a ella. El hombre llegó, la abrazó por la cintura, y sin más se inclinó y la mordió en el cuello, susurrando:

—Tranquilas, nenas: solo queremos haceros felices…, y desaparecer de vuestras vidas.

—Pero ¿qué…?

Se oyó el chasquido de unos muelles, apareció la navaja en la mano del hombre, y la punta de la hoja se apoyó en la garganta de Tania Ploss.

—Nada de gritos —advirtió—: todo lo que tienes que hacer es subirte la falda y quitarte las braguitas, ¿comprendes?

La mirada de Tania volvió hacia Hilde y el otro hombre. Este la tenía acorralada contra la pared, y mientras con una mano le apretaba la garganta como queriendo clavarla en la pared, con la otra subía las faldas de la doctora, dejando al descubierto sus finos muslos de una blancura cegadora. Tania Ploss había quedado muda, pero la doctora no parecía resignarse a aquella brutalidad, y seguía gritando agudamente…

—¿Qué pasa? —Gruñó el que manoseaba a Tania—. ¿No puedes hacer que se calle?

Pareció desentenderse del asunto enseguida, y se dedicó a Tania, empujándola. Bajó una mano, deslizó hacia abajo la cremallera del pantalón, y acto seguido exhibió su masculinidad, excitado, mirando vidriosamente ahora a Tania.

—Ponte de rodillas —jadeó—: ¡empezaremos con una buena…!

Al otro lado del coche se oyó un grito truncado, y enseguida, la voz del otro sujeto.

—¡Maldita idiota…! ¡He tenido que golpearla!

—Mejor… ¡Házselo en el suelo, aunque esté sin sentido! Y tú, ¡venga, ponte de rodillas! Agárrame bien este juguete y comienza a interpretar una bonita melodía…

—¡Friedrich! —Gruñó el otro—. ¡Vamos a llevárnoslas de aquí! ¡Nos las tiraremos en el camino!

La mirada de Tania Ploss iba de uno a otro hombre, desorbitados los ojos.

Su aspecto no podía ser más asustado; tanto, que parecía incapaz de emitir ni siquiera un solo grito… El otro tipo se inclinó, asió a la doctora, y la llevó arrastrando hacia su coche. La metió en el

asiento de atrás, y corrió a sentarse ante el volante. Entonces se dio cuenta de que su compañero vacilaba, y gruñó:

—¿Qué esperas? ¡Tráela aquí, y nos las llevamos!

—Está bien. Tú, rubia, ¡al coche! Y nada de tonterías, o te voy a meter la navaja donde tengo pensado meterte otra cosa… ¿Me entiendes? ¡Venga, al coche!

Tania Ploss comenzó a caminar, como en sueños. El hombre la empujó rudamente, la llevó hasta su coche, y la introdujo con bruscos gestos en la parte de atrás, donde yacía Hilde Funke sin sentido. El llamado Friedrich entró tras Tania Ploss, y la amenazó con la navaja.

—Así me gusta, quietecita y callada… ¡Ya sabes lo que te espera si abres la boca! ¡Deprisa, Hans!

El llamado Hans comenzó a maniobrar rápidamente, enfiló la rampa, y salió a toda prisa del estacionamiento. Aparecieron en Avenue de Rhodanie, y el hombre pareció serenarse de pronto, comenzando a conducir con normalidad.

Dentro del coche, Hilde Funke yacía de lado, en un extremo del asiento.

Junto a ella, Tania Ploss, y en el otro extremo del asiento, el llamado Friedrich, que sonreía lascivamente.

—Dame tu mano —exigió.

Tania se desconcertó. Friedrich soltó un refunfuño, le tomó la mano, y la condujo hacia sus pantalones… Al notar el miembro del hombre, Tania intentó retirar la mano vivamente, pero él se lo impidió.

—No seas tonta… ¡Pero si esto tiene que gustarte, rubia! Vamos, empieza a acariciarme, y ya verás como te irá gustando mucho. Así… ¡Así me gusta, preciosa! Hans, vamos a tomar el camino de Chesaux: por allí encontraremos un buen sitio.

—Seguro que sí —pareció relamerse Hans, lanzando un vistazo por el retrovisor.

Conducía despacio, tranquilo. En el asiento de atrás, Friedrich metió la mano libre en el escote de Tania, y lanzó un silbidito.

—¡Fiuuu…! ¡Este sí que es un buen material, Hans!

—Quizás —dijo el otro—. Pero me parece que con la mía no hemos tenido mucha vista. ¡Parecía más bonita y más joven!

—Hombre, para lo que se trata, ya vale. ¡Pero te aseguro que

esta es un encanto! ¡Echa una mirada!

Hans miró de nuevo por el retrovisor, y sus ojos relucieron al ver los senos de Tania Ploss al descubierto.

Sin la menor duda, eran unos pechos preciosos, de adecuado volumen, tersos, pujantes, de un color…, sí, color de oro, color dorado, que destacaba con la mano de Friedrich, blanca y peluda, como una garra que estuviese estrujando las bellas formas de la rubia.

—Te va a ver alguien —masculló Hans—… ¡Guarda eso para luego!

Friedrich vaciló. Ya era de noche, se habían iluminado las avenidas. No parecía probable que nadie se percatase de lo que estaba ocurriendo dentro del coche, pero, realmente, no valía la pena correr riesgos. Así que Friedrich se inclinó, dio un succionador mordisco en un pezón a Tania Ploss, y acto seguido se irguió.

—Guárdate las tetas para luego —dijo brutalmente—… ¡Pero no dejes de jugar con tu manita y mi maravilla masculina!

—¡A ver si te va a poner fuera de combate antes de llegar! —rio Hans.

—Pues sabes que sí es posible… ¡Qué mano tan deliciosa tiene esta condenada…! Oye, rubia, para, para, que… ¡Para, manos de plata, que me…!

Tania había retirado la mano, y Friedrich soltó un resoplido que hizo reír a Hans. Luego, preguntó:

—¿Estamos limpios, Friedrich?

Este se volvió a mirar por el cristal zaguero, y estuvo examinando con toda atención el tráfico durante casi medio minuto antes de murmurar:

—Yo diría que sí.

—Bueno, será mejor que nos convenzamos plenamente.

No tardaron en salir de Lausana, por Avenue d’Echallens, en dirección a Chesaux-sur-Lausanne, por la carretera de Yverdon, cuya indicación vieron muy pronto: Yverdon, 32 Kilómetros. Los dos hombres habían dejado de bromear, y Hans por el retrovisor y Friedrich volviéndose, estaban atentos a los vehículos que circulaban tras ellos. Iban tan despacio ahora que todos los vehículos los iban adelantando sin dificultad. La doctora Funke

parecía todavía desvanecida…

—Yo creo que ya está bien —dijo Hans—… Si alguien hubiese estado con la chica, ya se nos habrían echado encima.

—Supongo que sí —admitió Friedrich—. Llamaré al camión, y a Hugo, para que retire el coche de la rubia del garaje de Hilde.

Tania iba mirando de uno a otro con expresión de total desconcierto. Y su desconcierto aumentó cuando la doctora Funke, de pronto y con toda naturalidad y tranquilidad, se enderezó y quedó sentada junto a ella, mirándola con seca sonrisa.

Friedrich había sacado una radio de bolsillo.

—¿Hugo? —llamó.

—Sí, Friedrich.

—Todo está bien. Retira el coche de la rubia del garaje de la doctora.

—De acuerdo. Hasta la vista.

—Adiós, Hugo. ¿Me estáis oyendo los del camión?

—Adelante, Friedrich —brotó otra voz.

—Estamos llegando a Chesaux. ¿Podéis recibirnos?

—Estamos preparados. Pero no corráis demasiado.

—Bien.

Friedrich cerró la radio, la guardó, y miró a Hilde, que asintió con un gesto y miró a Hans.

—Ve con cuidado, Hans.

—Tranquila, doctora: soy veterano en esto… Pronto llegaremos al desvío donde nos encontraremos con el camión.

—Bien.

—Pe-pero… ¿qué significa esto…? —exclamo por fin Tania Ploss.

—Solo dime una cosa, querida —le sonrió Hilde poniéndole una mano en el muslo, muy cerca de la ingle—: ¿realmente te… disgustan los hombres? Quiero decir… ¿aprecias en lo que realmente valen las dulces caricias de una mujer?

Friedrich se echó a reír, pero una fulminante mirada de la doctora lo dejó mudo de pronto, fruncido el ceño. Al volante, Hans sonreía irónicamente.

—No sé… lo que quiere decir… —tartamudeó Tania.

—Oh, sí que lo sabes, bonita —susurró Hilde, deslizando la mano más arriba, y sobresaltando a Tania con su contacto—… Sí

que lo sabes, si yo entendí bien lo que dijiste. Te gustan las mujeres, ¿no es cierto?

—Tranquila —rio Hans—… ¡Sería muy conveniente para ti que fuese así, rubia!

—Pe-pero yo… yo no entiendo esto… Estos hombres y… y usted parece que… que se conocen…

—Somos amigos —dijo secamente Hilde Funke—. O mejor, yo diría que somos… marineros del mismo barco. ¿Sabes, Tania?: todo esto ha sido un juego. Si no fueses lo que parecías, si hubieses sido otra clase de persona y hubieras venido a mi clínica respaldada por algunos amigos… peligrosos, ellos ya nos habrían alcanzado, habrían dado una «paliza» a Hans y Friedrich, estos habrían huido, y habríamos sido… rescatadas. Con todo esto, sería imposible sospechar nada de mí, ¿no te parece? Simplemente, dos pobres mujeres que iban a ser violadas, y tú y tus amigos habríais eliminado de vuestras sospechas a la Maternal. Pero como no ha sido así, significa que, realmente, eres lo que has dicho ser. No eres una chica… con truco, no investigas nada. Es que últimamente estamos un poco preocupados, desde que nos robaron algo… Tenemos que ir con cuidado, ¿comprendes?

—No —mintió Tania Ploss, magistralmente «asustada»—… ¡No entiendo nada de nada!

—Bueno, eres una chica hermosa, sana, inteligente… Nadie que deba causarnos preocupación, nadie conectado con nadie peligroso. Y nadie sabe que has estado en mi clínica…

—¡Oh, sí! La recepcionista, y las enfermeras…

—¡Bah, bah, bah! Para ellas, yo te he acompañado a un hotel y eso es todo. Mañana diré que nos separamos, que no me interesaron tus extrañas proposiciones, y asunto terminado. Y como nadie entre tus amistades sabe que elegiste precisamente la Maternal Klinic, aun en el supuesto de que llegaran a saber que estuviste en ella, yo solo tengo que decir que sí, que estuviste, que me hiciste proposiciones poco acordes con la seriedad de la Maternal, y nos separamos. Eso es todo. Y eso significa que, simplemente, habrás desaparecido.

—¡Desaparecido! —gimió Tania Ploss, «aterrada»—. Pe-pero ¿qué… qué significa esto? ¿Adónde vamos? ¿Qué… qué quieren de mí?

—El fruto de tu vientre, mujer —rio Friedrich.

—¿El… el fruto de…?

—Vas a ser inseminada.

—¿Insem…?

—El desvío —dijo Hans—. Pronto veremos el camión.

Lo vieron enseguida. Era una carretera vieja, en desuso. Un gran camión con el emblema de la compañía de transportes internacionales

T. I. R.

circulaba muy lentamente por delante de ellos. Hans hizo unas señales con las luces, y el camión se detuvo… La compuerta de atrás bajó, habilitándose así una rampa, por la que ascendió el coche; la compuerta subió y acto seguido se encendió una luz dentro del gran camión vacío a excepción del coche.

—Bueno —se volvió Hans, sonriente—, ahora me toca descansar. ¿Qué, doctora…, nos permite violar a la chica, o tenemos que esperar?

—Tenéis que esperar —replicó acremente Hilde Funke—. Para que cumpláis vuestro cometido, si es que os corresponde a vosotros, hay que examinar antes a la muchacha, para saber si está en su época de fecundación.

—Claro. Y la examinará usted, ¿verdad? O sea, que la pondrá en una camilla, la abrirá de piernas, y se le caerá la baba mirando su rinconcito sonrosado. Seguro que la…

—Cierra la boca —ordenó fríamente Hilde Funke.

Tania miraba de uno a otra, «asustadísima». Hans había parado el motor del coche que viajaba dentro del enorme camión, cuya trepidación percibían levemente.

—Ya debemos de estar en la carretera de nuevo —dijo Friedrich —. Así que regresaremos hacia Lausana, para tomar la E 4. No creo que lleguemos a Berna antes de dos horas, entre unas cosas y otras.

—¿Qué prisa tenemos? —dijo Hans.

Se quedaron en silencio. Tania Ploss continuaba asumiendo su papel de chica asustada; tan asustada, que ni se atrevía a preguntar nada… Pero en realidad, ni le convenía preguntar nada…, ni necesitaba hacerlo.

Tania Ploss, es decir, Brigitte Montfort, alias *Baby*, ya sabía perfectamente que la pista había sido buena. Y sabía que ella estaba siguiendo el destino, cualquiera que este fuese, que había corrido

días atrás Greta Ratzel, la encantadora novia del agente de la CIA Benjamin Stockwell. Y sabía también que, por lo que fuese y como fuese, Stockwell había podido seguir la pista de su novia, había llegado al lugar donde esta había sido llevada…, y había escapado de allí llevándose un monstruoso feto sumergido en formol…, y varias balas en la espalda.

Muy bien. Ciertamente, no sería Tania Ploss la que se opusiera a continuar el juego. Había tenido la inteligencia suficiente para no estropearlo desde el inicio, en el garaje, donde podía haber dado buena cuenta de Hans y Friedrich… si hubiese querido hacerlo. Pero su instinto no había fallado.

Ahora, solo tenía que seguir el juego…, aunque la mano de Hilde Funke, la mujer homosexual, continuase presionando uno de sus muslos.

Capítulo V

El camión se detuvo por fin, después de haber circulado muy lentamente. El motor se detuvo, todo quedó en silencio.

—Parece que ya hemos llegado al Chemical Centrum —murmuró Friedrich.

Tania Ploss ni siquiera parpadeó; incluso pareció que ni siquiera había oído.

—Salgamos del coche —dijo la doctora—. Abrirán enseguida.

En efecto, aún estaban saliendo del coche, que evidentemente pensaban dejar dentro del camión, cuando la gran compuerta de atrás de este se abrió. Los cuatro descendieron por la rampa. Quedaron tras el camión, en una pequeña explanada iluminada escasamente por algunos pequeños focos de luz de tono anaranjado. A un lado, se veía un edificio de tres pisos, de líneas rectas, severas. Parecía una fábrica… El Chemical Centrum, es decir, un Centro de Productos Químicos, al parecer.

Había dos hombres esperándoles, sonrientes.

—¿Tenemos otra conejita? —preguntó uno de ellos.

—Y muy bonita —dijo Hans—… Como todas las que selecciona la doctora, naturalmente. Miradla: es hermosa, joven, sana, tiene clase… ¡Es una conejita preciosa!

—¿Ha llegado Hugo con el coche de ella? —preguntó Friedrich.

—Sí. Está en el garaje. Ha encontrado en el coche una maleta y un maletín. El coche es de alquiler, de aquí, de Berna.

—¿Alquilado a nombre de ella? —señaló Hilde Funke a Tania—. ¿Alquilado a nombre de Tania Ploss?

—Sí, exactamente.

—Bueno, parece que nuestra bella Tania y su amiga embarazada viven en Berna —reflexionó la doctora; miró a Tania—… ¿Por eso fuiste a Lausana? ¿Para que tu amiga diese a luz lejos de aquí?

—Sí —murmuró Tania—… Sí, claro.

—¿Qué amiga? —preguntó Hans, mirando a la doctora—. Cuando usted nos llamó por teléfono desde la clínica para organizar el secuestro, no dijo nada de una amiga de la chica, doctora.

—Olvidadlo. Esto ya no es cuenta vuestra.

—De acuerdo. ¿Volverá usted con nosotros a Lausana, o nos vamos ya con nuestro coche? No va a quedarse dentro del camión para siempre, supongo.

—Esperad por aquí. Todavía no sé lo que haré.

—Muy bien.

—Y mucho cuidado… ¡Si otro hombre vuelve a introducirse en el Centrum para robarnos algo, no saldréis tan bien librados! Se os paga bien para que hagáis bien las cosas.

—Estoy seguro de que lo matamos —refunfuñó uno de los hombres del camión—… ¡Pero, maldita sea, no tenemos ni idea de dónde pudo ir, con varias balas en la espalda!

—Si yo mandase aquí —dijo fríamente la doctora—, ya habrías tenido vuestro merecido, por ineptos. ¿Cómo es posible que no pudieseis alcanzar a un hombre que iba herido?

—Debía de tener un coche cerca, supo esconderse bien… ¡Maldito sea el cabrón aquel…!

—Lo inquietante —reflexionó Friedrich—, es que no haya aparecido ninguna noticia sobre él en los periódicos. Encontrar un hombre muerto a balazos no es cosa tan corriente en Berna. Además, si él tenía lo que se llevó…

—Quizás esté con el coche metido en cualquier bosquecillo, pudriéndose —murmuró Hans—. Si es así, tarde o temprano lo encontrarán. Y entonces sabremos qué es lo que conviene hacer.

—De todos modos —dijo el hombre del camión que había hablado antes, y que había reflexionado unos segundos—, parece que no pudo decir nada a nadie: si lo hubiese hecho, ya habría venido la Policía al Centrum, ¿no os parece?

—Eso es evidente —lo miró fríamente Hilde Funke—. Si hubiese sido de otro modo, lo habríais tenido que lamentar.

—Todos lo habríamos lamentado, ¿no le parece? —Gruñó el hombre.

—Tiene que estar pudriéndose por ahí —insistió Hans—. O sea, que nadie sabe…

—Ven conmigo, Tania —dijo Hilde, tomándola de un brazo—.

No nos interesa esta conversación.

Tania cedió a la tracción de la doctora. Su voz casi temblaba cuando dijo:

—¿Ustedes… ustedes han matado a un hombre?

—Ojalá estuviésemos seguros de eso.

—Pero… pero… ¿qué significa todo esto? ¿Quiénes son ustedes? ¿A qué se dedican? ¿Qué…?

—Calma, calma, querida —rio secamente la Funke—. Nadie va a contestar a tus preguntas. Y no te preocupes: nadie va a hacerte daño alguno, te lo aseguro. A menos que seas estéril.

—¿Es… estéril…?

—¿Has tenido algún hijo?

—No… No.

—¡No me digas que además, eres virgen!

—No, claro, eso no… Bueno, al principio, pues…

—¿Lo hiciste con hombres?

—Claro.

—¿Pero luego dejaron de gustarte?

—Bueno… Algunas veces todavía… Muy pocas. He llegado a la conclusión de que son muy torpes y egoístas.

—Entonces… ¿eres homosexual? Quiero decir: ¿eres bisexual? ¿No te importa hacerlo con una mujer? ¿Y también usas hombres?

—Pues… últimamente casi… casi prefiero… las mujeres…

—Eso está bien —apretó Hilde cálidamente el brazo de Tania—. ¡Eso está muy bien, querida!

Habían llegado al garaje, que ocupaba una parte en un extremo del edificio que tenía todo el aspecto de una fábrica. Un sujeto parecido a Friedrich y Hans estaba sentado sobre una caja, fumando. A sus pies se veía la maleta y el maletín de Tania Ploss. El hombre se puso en pie al verlas, y tras mirar a una y otra, centró su atención en Tania, quien había comprendido que aquel sujeto era el llamado Hugo. Este preguntó, mirando de nuevo a la doctora y señalando el maletín y la maleta:

—¿Qué hago con esto?

—Llévalo a una de las habitaciones del sótano. Nosotras también bajamos. Mientras hablaba, Hilde Funke había señalado un montacargas que parecía destinado a subir material a los pisos superiores del edificio. Hugo llevó allí el equipaje encontrado en el

coche de Tania Ploss, que había sido colocado en un rincón del amplio garaje.

Tania Ploss estaba mirando el montacargas. ¿Bajamos, había dicho Hilde? Tal como se veía el suelo debajo del montacargas, parecía que este solo podía subir, ya que no había hueco debajo… Sin embargo, Tania no se sorprendió cuando, antes de entrar en el montacargas, la doctora pulsó varias veces uno de los botones de los mandos, y debajo del montacargas el suelo se abrió en una doble compuerta, que quedó colgando a los lados.

Entonces sí, una vez los tres dentro del montacargas, Hugo pulsó uno de los botones, de nuevo varias veces, y el artefacto comenzó a descender silenciosamente. Hilde miró a Tania como sorprendida de que esta no manifestase asombro, y entonces la rubia se creyó en la obligación de preguntar:

—¿Dónde estamos? ¿Qué clase de fábrica es esta?

—Es una fábrica de productos químicos diversos, especializada en medicamentos —explicó amablemente Hilde—. Pero en el sótano hay cosas bastante más sorprendentes.

—¿Qué hay?

—Ya lo verás.

El montacargas se había detenido. Desentendiéndose de Hugo, Hilde tomó de nuevo del brazo a Tania, y salieron a una pieza rectangular, en la que no había nada, salvo una puerta, a la derecha. Hilde la empujó. Apareció un amplio pasillo, con puertas a los lados, todas cerradas… De alguna parte, llegaron apagados lamentos que pusieron de punta los cabellos a Tania Ploss.

—Son las embarazadas —dijo Hilde—: algunas no soportan bien esta circunstancia de su vida.

—¿Hay… hay mujeres embarazadas aquí abajo?

—Bastantes. Vamos al laboratorio: Ludwig está allí.

—¿El doctor Baldus?

—Sí.

—Pero… ¿qué hace en este lugar?

—Trabaja.

Recorrieron todos el pasillo, sin dejar de oír en ningún momento aquellos lamentos, e incluso gemidos y algún que otro alarido Tania Ploss estaba sobrecogida. Ya no le importaba cómo hubiese conseguido Ben Stockwell aquella pista… Seguramente, su novia, la

encantadora Greta Ratzel estaba allí, en aquel sótano; y posiblemente, era una de las mujeres que gemían o gritaban.

Al fondo del pasillo había otra puerta, que Hilde empujó. Apareció otro pasillo, formando una T con el que acababan de recorrer. En aquel pasillo había tres puertas, frente a la de entrada. Hilde se dirigió sin vacilar a la primera puerta, y llamó con los nudillos, antes de abrirla.

En efecto, aquella pieza estaba destinada a laboratorio. Había cuatro hombres trabajando allí dentro, en silencio. Uno de ellos, menudo, de grandes ojos claros y mirada que parecía congelada, fue el único que prestó atención a la visita, haciendo un gesto de espera a Hilde Funke. Terminó de trabajar en unas probetas, se secó las manos, y se acercó. Apenas debía de medir metro sesenta, y quizá tenía ya setenta años. Su cabeza era grande, de frente amplísima, y solo unos mechones de cabellos blancos, descuidados, colgaban hacia la nuca.

—¿Qué tal, Hilde? —saludó.

—Hola, Ludwig. Traigo una nueva conejita.

Ludwig Baldus desvió la mirada hacia Tania, y esta se sintió valorada, escrutada, como si realmente fuese solo una coneja, o poco más. La verdad pareció explotar de pronto en la mente de Tania: sí, allí todas las mujeres eran utilizadas como conejillos de Indias, para experimentar con ellas.

—¿Está embarazada? —preguntó Baldus.

—Dice que no.

—Lástima… Ya sabes que las que nos interesan son las que están bastante avanzadas. Eso nos evita perder tiempo esperando. Pero parece un buen ejemplar. Claro que no hay que confiarse: muchas tienen magnífico aspecto, y luego resulta que son estériles. ¿Ha tenido hijos?

—No.

—Bueno, la examinaremos, le haremos algunas pruebas… ¿Volverás conmigo a Lausana?

—Si te va bien, sí. Si no, arriba está Hans con el coche.

—Por mí no hay inconveniente. Aunque ya sabes que trabajo casi siempre hasta el amanecer.

—Buscaré el modo de pasar el rato hasta entonces.

Ludwig Baldus miró a Tania Ploss, sonrió, musitó un «ya», y

señaló la puerta. Salieron al pasillo, y caminaron hacia otra puerta que se abría en aquel momento. Un hombre salía de aquella estancia, portando en brazos, cuidadosamente, un gran frasco lleno de líquido…, y de algo más.

—Ah, doctor —dijo—, aquí está el

C-29.

Iba a llevarlo al laboratorio, pero si no lo necesita…

—Sí, sí —asintió Baldus—… Iré allá en cuanto pueda. Empieza a trabajar con él.

—Muy bien.

El hombre caminó hacia el laboratorio. Hilde Funke estaba mirando a Tania Ploss, cuyo rostro estaba pálido, demudado. No solo había echado una mirada al interior de aquella estancia, que estaba llena de estantes con botellas grandes como aquella, sino que había visto perfectamente el contenido de la que trasladaba el hombre al laboratorio…

—¿Te encuentras mal, querida? —preguntó amablemente Hilde.

—Eso… eso que hay… en la botella… ¡es un niño!

—Más o menos —rio la doctora—: en realidad, es un nonato. ¿Lo comprendes? Quiero decir que no llegó a nacer normalmente, sino que fue… retirado en un momento determinado del vientre de su madre.

—Pe-pero… ¡Dios mío! ¿Dónde… dónde estoy?

—En un centro de investigaciones —dijo seriamente Ludwig Baldus—… Secreto, eso sí: muchas personas no aprobarían mis métodos para conseguir material de investigación.

—Pero yo… yo-yo… ¡Quiero marcharme de aquí, no quiero permanecer…!

—Tranquila, tranquila —sonrió Hilde—. Al fin y al cabo, a ninguna de nuestras invitadas se le exige nada que su naturaleza no pueda hacer con toda naturalidad.

Baldus había seguido caminando. Abrió la última puerta, y se colocó a un lado, con indiferente cortesía. Entraron las dos mujeres. Era un quirófano de grandes dimensiones. Había camillas, grandes focos para iluminar operaciones quirúrgicas, aparato de rayos X, estantes llenos de recipientes de varias formas y tamaños, dos lavabos, vitrinas…

—Ayúdala a colocarse en una camilla —dijo Baldus—… Que se

desnude antes, naturalmente.

—Ya has oído a Ludwig —dijo Hilde—: desnúdate.

Tania Ploss la miró. En aquel momento, sin la menor dificultad, podría haber matado de sendos golpes a Baldus y a la doctora, y escapar de allí. Era evidente que Simón-Ben Stockwell había logrado llegar allí abajo, husmear al menos en la estancia donde estaban los frascos con los fetos en formol, y, posiblemente aterrado, escapar con uno de los frascos. Había llegado al montacargas, había subido hasta el garaje, había salido de este dispuesto a llegar adonde había dejado el coche…, y entonces le habían visto y le habían disparado.

El resumen era que Simón-Ben Stockwell había realizado un buen trabajo, utilizando su entrenamiento de espía. Pero el trabajo había quedado a medias: todo lo que tenía la CIA a cambio de la baja de uno de sus hombres, era un frasco con un feto en formol… ¿Qué más había allí dentro, qué ocurría, qué planes tenía Ludwig Baldus con respecto a los fetos, qué significaban las mujeres que gemían…?

Muy bien. Ella, Tania Ploss, terminaría el trabajo de Ben Stockwell, fuese lo que fuese que tuviese que afrontar… Y el mejor modo de saber qué ocurría allí, no era, ciertamente, matar a dos personas y escapar.

De modo que Tania Ploss, con expresión asustada, comenzó a desnudarse… observada con suma atención por Hilde Funke, que, cuando la rubia estuvo completamente desnuda, no pudo contenerse: le pasó una mano por los hombros, y luego por los vibrantes senos, para deslizarla luego por el terso vientre hacia las ingles.

—Eres muy bonita —susurró—… ¡Muy bonita!

—Que se ponga en la camilla —dijo Baldus, que se estaba poniendo unos guantes de goma.

Hilde Funke ayudó a Tania a colocarse en una de las camillas, y le indicó que alzase las piernas y las colocase en los apoyadores laterales. Tania Ploss quedó en una postura realmente poco elegante, exponiendo a las miradas de Hilde y Baldus su máxima intimidad de mujer. Hilde Funke parecía extasiada, pero Baldus no se impresionó en lo más mínimo. Se colocó delante, ya puestos los esterilizados guantes de goma.

—No se crispe —dijo—. Todo esto es muy sencillo cuando la paciente permanece relajada. ¿De acuerdo?

Tania Ploss no contestó. Permaneció inmóvil, con la mirada fija en el techo. La situación era por demás fantástica para la espía internacional, pero, como tantas otras, estaba dispuesta a soportarla… Incluso, pensó con cierto buen humor, no iba a perjudicarla en nada que un especialista en la mujer como era el famoso doctor Ludwig Baldus la examinase. Hacía años y años que no iba al médico (salvo a los de la CIA cuando precisaba algún «remiendo»), así que una buena revisión física hasta podía ser conveniente. Nunca se sabe…

Notaba en su sexo los dedos del médico. Oyó su voz:

—Desde luego, no es virgen. Sin embargo, no tiene roto el himen, sino simplemente, dilatado. La parte externa de sus órganos es impecable y sanísima.

La exploración continuó. Tania Ploss estaba completamente relajada, lo que mereció más de un gruñido de aprobación de Baldus. La exploración, ciertamente, no encontró ninguna dificultad.

—Es una mujer magníficamente dotada, y de una normalidad total —terminó Baldus—… ¿Tiene usted la menstruación con regularidad?

—Sí —musitó Tania—: cada veintinueve días.

—Veintinueve… Normal por completo. ¿Conoce su grupo sanguíneo?

—Soy O con factor Rh positivo.

—Perfecto. Un ejemplar formidable, Hilde. De todos modos, le haremos unos análisis de sangre, saliva y orina, y la miraremos por la pantalla. Puede bajar de la camilla. Pero no se vista todavía.

Sin bochorno alguno, Tania Ploss se sometió al resto del examen total.

Lo último fue la pantalla de rayos X. Cuando Ludwig Baldus observó en la pantalla el corazón de su nuevo «conejito», lanzó una exclamación de incredulidad.

—¡Es como un reloj…! ¿Qué deporte practica usted?

—Ninguno —mintió la espía más peligrosa del mundo.

—¿Cómo, ninguno? ¡Es imposible que un corazón funcione así a menos que sea reforzado por el deporte! Le estoy contando los

latidos… No llega usted ni siquiera a sesenta pulsaciones por minuto… ¡Tiene que practicar algún deporte!

¿Deporte? Judo, karate, natación, equitación, paracaidismo, tenis, atletismo…, y otros más cuando se presentaba la ocasión. Pero, sobre todo, había un deporte que Tania Ploss practicaba hacía años, y que había fortalecido su corazón al máximo: el espionaje.

—Asombroso —dijo Baldus—… Me alegra mucho que la hayas traído, Hilde. La someteremos a un proceso completo, desde la gestación natural hasta el parto natural.

—¿Quieres decir que no será inseminada artificialmente?

—¡Claro que no! Dentro de una semana, calculo que estará en el centro de su periodo de fecundación. En esos días, será fecundada por el método natural.

—¿Por quién?

—Buscaremos entre nuestros hombres uno adecuado. Estoy seguro de que estarán encantados de fecundar a esta mujer. Bien, todo su cuerpo es como… como una maquinaria perfecta, no tiene un solo fallo. —Baldus titubeó—… ¿De verdad no practica usted o ha practicado algún deporte?

—Bueno —no quiso exagerar Tania—, hace años practiqué durante un tiempo la natación.

—Ah —se conformó Baldus—… De todos modos, es usted un ejemplar de mujer poco común, se lo aseguro. Bueno, tengo que volver al laboratorio. Hilde, pésala, mídela, haz el resto de las pruebas, y habremos terminado con ella por ahora. ¿Vendrás al laboratorio cuando la hayas instalado en una habitación?

—Ya veremos —susurró la Funke.

—Espero —la miró fijamente Baldus— que antes de dedicarte a tu pasatiempo favorito me prepararás la ficha completa de esta chica. Por cierto: ¿cómo se llama?

—Tania Ploss. Tendrás la ficha, desde luego.

Ludwig Baldus abandonó el laboratorio, y la doctora Funke realizó las últimas pruebas y medidas de menos importancia. Luego, tras indicar a Tania que podía vestirse, fue hacia el rincón del quirófano donde había una mesita metálica adosada a la pared, y, a la derecha de esta, un fichero metálico. De este, Hilde tomó una ficha en blanco de una de las gavetas, se sentó ante la mesita, y comenzó a rellenarla con todos los datos obtenidos sobre la

«conejita» Tania Ploss.

Por su parte, tras vestirse, Tania se acercó a la doctora, y estuvo unos segundos mirándola. Luego, su mirada se desvió hacia el fichero. Se acercó a este como casualmente, y se apoyó en él.

Un minuto más tarde, sus deditos se posaban en el tirador de una de las gavetas, y la atraían suavemente…

Hilde Funke volvió la cabeza hacia ella.

—¿Qué haces?

—Nada… Solamente estoy curioseando. ¿Puedo?

Sonrió dulcemente a Hilde Funke, que parpadeó, le sonrió a su vez, como enternecida, y continuó rellenando la ficha. Tania acabó de abrir la gaveta, y vio las fichas separadas por láminas de plástico señaladas con letras. Sus dedos fueron hacia la letra R. Echó hacia adelante el resto de las fichas, hizo lo mismo con la lámina separadora de plástico…, y la primera ficha que vio fue la de Greta Ratzel. Estaba la fotografía de la muchacha, y a la derecha, todos su datos: nombre completo, lugar de trabajo, fecha de nacimiento, talla, peso, fecha de la primera falta menstrual, sin familia, soltera, sin hombre fijo que se interesase por ella…

Evidentemente, Greta Ratzel, aleccionada por Ben Stockwell había mentido en algunos puntos de su situación…

—¿Qué estás mirando?

Tania miró a Hilde, que se ponía en pie, la apartaba suavemente, y cerraba la gaveta. La ficha de Tania Ploss quedaba sobre la mesa, a la espera de que Ludwig Baldus la repasase antes de archivarla.

—He visto la ficha de una chica llamada Greta Ratzel… ¿Está aquí abajo?

—Sí.

—¿Y qué… qué hace ella aquí?

—Está esperando el momento de dar a luz.

—¿Y entonces la llevareis a la Maternal?

—Desde luego que no. La Maternal es una clínica normal, no ocurre allí nada que no pueda resistir cualquier investigación. Las chicas que, por medio de la Maternal, vamos conociendo y llegan a interesarnos, son traídas aquí, y sometidas a procesos muy diferentes de los que hay en la Maternal.

—¿Qué quieres decir?

—Ludwig está realizando investigaciones para la creación de

nuevos productos farmacéuticos. Su especialidad es la mujer en estado de gestación. Ya debes de saber que hay algunos productos farmacéuticos que, a la larga, perjudican a la madre y al niño…

—¿Como la talidomida?

—Ese es uno de ellos —asintió Hilde—. Y para evitar que el Chemical Center tenga fracasos en ese campo, Ludwig investiga a fondo antes de lanzar un nuevo medicamento al mercado.

—¿Y para sus investigaciones… secuestráis mujeres embarazadas y las utilizáis… en las pruebas?

—Así es.

—Pero… pe-pero eso… puede ser muy peligroso… para esas chicas, y para… para sus hijos que están gestando…

—Por supuesto. Algunas mueren, otras tienen hijos monstruosos, otras dan a luz al quinto mes fetos muertos… Bueno, ¡suceden tantas cosas aquí abajo, querida!

—¡Pero vosotros no tenéis derecho a hacer eso…!

—Aquí solo se utiliza un derecho: el de la Ciencia. Todo el mundo sabe que la Ciencia no avanza sin sacrificios, pero nadie está dispuesto a hacerlos…, de modo que nosotros recurrimos a nuestros propios procedimientos. Tómatelo con calma.

—¡Con calma! Si no he entendido mal, dentro de unos días uno de vuestros… empleados vendrá a… a fecundarme, como… como si yo fuese… una yegua, o algo parecido. ¿Y luego? ¿Qué haréis conmigo cuando esté embarazada?

—Serás estudiada, inyectada, analizada…

—¿Inyectada? ¿Con qué? —Casi gritó Tania.

—Con los diversos productos que Ludwig va fabricando, naturalmente.

—Pero si esos… esos productos son… peligrosos, ¡yo podría morir!

—Ciertamente. Pero generalmente, quien muere, o nace convertido en un monstruo, es el niño.

—Pero… pero… ¡no podéis hacer eso conmigo!

—Sí podemos —sonrió Hilde—. Ahora bien, si tú te portas… digamos cariñosamente conmigo, yo pediré a Ludwig que te utilice lo menos posible como conejita, y que, además, te trate con los preparados de medicamentos menos peligrosos de los que vaya estudiando.

—Dios mío… ¡Esto tiene que ser una pesadilla! ¡He sido secuestrada para utilizarme como animal de experimentos científicos, un hombre me… me violará, y una mujer me está… haciendo requerimientos sexuales…!

—Si eres cariñosa conmigo, no lo pasarás mal —insistió la doctora, acariciándole la barbilla—… Y hasta es posible que pueda convencer a Ludwig para que, simplemente, te utilice como madre normal, es decir, no inyectándote medicamentos peligrosos para ti, sino solo para estudiar luego tu feto.

—¡Mi feto! Pero Dios mío… ¡sería mi hijo!

—No le des tanta importancia. Anda, vamos a tu habitación. Me ocuparé de que quedes bien instalada, querida.

La tomó del brazo, y la sacó del quirófano. Tania Ploss no sabía qué hacer…

¿Entraba ya en acción, salía de allí, se ponía en contacto con SimónBerna y ordenaba que el Chemical Centrum fuese… invadido por la CIA? Demasiado aparatoso…, e innecesariamente comprometido para la CIA. Sin embargo, si no recurría a sus Simones su situación era francamente mala. Quizá, como hiciera Ben Stockwell, consiguiera salir de allí, pero… ¿lograría también escapar, o le ocurriría lo mismo que a él, es decir, que recibiría varios balazos en la espalda? La súbita comprensión de que en el Chemical Centrum había más vigilancia de la que ella había visto, facilitó su decisión: no tendría más remedio que recurrir a la CIA, a sus Simones. Pero ¿cómo avisarlos, si no disponía de medios? ¡Su maletín! Habían dicho que le dejarían sus cosas en su habitación…

Por lo tanto, en cuanto quedase sola, recurriría a la radio camuflada en el paquete de cigarrillos para llamar a…

Nada más entrar en la habitación que le habían destinado, supo que no conseguiría hacer esto: su equipaje no estaba allí. Era una habitación de reducidas dimensiones, aunque bien amueblada e instalada, incluso con radio, televisión, música, libros, un aseo dentro de la misma habitación… ¡pero ni rastro de su maletín!

—¿Dónde están mis cosas? —murmuró.

—Deberían estar aquí —se sorprendió Hilde Funke—. Iré a preguntarle a Hugo. No salgas de la habitación, Tania: será mejor para todos, especialmente para ti, que no busques complicaciones.

—Sí… Sí, está bien.

Hilde Funke salió, cerrando la puerta. Tania abrió el armario, por si todo estaba allí, pero el armario estaba vacío… Hilde Funke regresó cuando Tania se debatía en dudas, en proyectos…

—Tendrás que conformarte esta noche sin tus cosas —dijo cariñosamente—. Mañana te las traerán. Parece que han llegado dos especiales en visita de inspección, y se están interesando por todo. Especialmente por un contratiempo que tuvimos hace unos días… Espero que no te importe dormir desnuda. ¿Tienes apetito?

—No —murmuró Tania—… La verdad es que… no me encuentro muy bien. Bueno, ese… ese hombre me… me ha hecho algo de daño dentro al… al explorarme.

—Me sorprende en Ludwig, pero realmente, algunas mujeres somos muy sensibles. No deja de ser una brutalidad, eso de meterle la mano hasta el fondo a una mujer, claro… Pero yo voy a ser mucho más delicada que Ludwig, querida.

—Hilde… Por favor, no… No… no esta noche, te lo suplico. Estoy… estoy asustada, y dolorida, y… Ya sabes que a mí me gusta lo mismo que a ti, pero… pero esta noche… ¡Por favor, espera a mañana!

Hilde Funke se quedó mirando fijamente a Tania Ploss, con ojos que relucían tras los gruesos cristales de los lentes. Por fin, asintió.

—Está bien. Sé que hay cosas que no se pueden hacer si no se está en buena disposición. Volveré mañana a verte, en cuanto termine mi trabajo en la clínica…, y espero que podamos pasar juntas una agradable noche.

—Sí… Gracias, Hilde.

La doctora sonrió, comprensiva, se acercó a Tania, y la besó en los labios mientras acariciaba sus senos por encima de la ropa. De pronto, dio media vuelta, y salió de la habitación. De pie en el centro de esta, Tania Ploss oyó girar la cerradura.

Luego, el silencio total.

Se acercó a la puerta, y aplicó una orejita a la madera. No se oía nada. Se acuclilló delante de la cerradura, y la examinó, críticamente. Si tuviese aunque solo fuese una horquilla quizá podría forzarla. Pero… ¿era conveniente?

¿No sería mejor esperar al día siguiente, que podría disponer de su maletín, y por tanto de la radio para llamar a sus Simones?

Tania Ploss se dirigió hacia la cama, se tumbó en esta, y

segundos después estaba dormida profundamente.

Capítulo VI

El levísimo ruido que produjo la cerradura al ser accionada, la despertó. Simplemente, abrió los ojos, y miró hacia la puerta. Ni un solo músculo de su rostro se movió cuando entraron dos hombres. Dos hombres diferentes a Hugo, Hans, Friedrich, y aún más diferentes a los del camión enorme…

Despacio, Tania Ploss se sentó en la cama. Se había dormido vestida, y así estaba, serena y tranquila, mirando a aquellos dos hombres tan diferentes a los que había tratado hasta entonces en aquel asunto.

Ambos eran altos, de edad inferior a los cuarenta años, rostros enérgicos e inteligentes, mirada reposada, modales suaves. Vestían con sobria elegancia. Una elegancia que quedaba de manifiesto en el corte de sus excelentes trajes, si bien, la experta mirada de Tania Ploss distinguió el leve bulto de las pistolas bajo la axila izquierda de sus inesperados y tardíos visitantes…, uno de los cuales llevaba el maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Mala suerte.

Sí, mala suerte, porque el finísimo olfato de la mejor espía del mundo ya no tuvo la menor duda en captar el… «aroma» que le había sugerido la pareja de correctísimos, serios y serenos visitantes.

—Lamentamos despertarla, señorita Ploss —dijo uno de ellos.

—¿Qué hora es? —Ella miró su relojito, miró luego a los hombres, y exclamó—. ¡Pero si solo son las cuatro de la madrugada…!

—Sí. De veras lo sentimos.

—Pe-pero ¿qué… qué pasa?

—Tranquilícese. Solo queremos conversar un poco con usted.

Uno de los hombres acercó una silla, y se sentó frente a la cama. El otro se sentó en esta, junto a Tania, colocando con sumo cuidado

la raya de sus pantalones. El que estaba frente a la cama sostenía sobre sus rodillas el maletín rojo con florecillas azules.

—Puede usted llamarme Albert —dijo este hombre—, y digamos que el nombre de mi compañero es Peter. ¿De acuerdo?

—Sí… Oh, sí, claro…

—Lo decimos así —sonrió Peter— porque, evidentemente, no son nuestros nombres verdaderos…, del mismo modo que Tania Ploss no es el verdadero nombre de usted.

Tania Ploss sabía que era inútil; sabía que aquellos dos hombres habían registrado su maletín, y que habían encontrado todo lo que podía comprometerla. Especialmente, los pasaportes falsos, por supuesto: Galina Cherkova, rusa; Nora Tisdale, británica; Monique Lafrance, francesa… ¡Y Brigitte Bierrenbach Montfort, norteamericana! Por fortuna, el aspecto físico que exponía ella en aquella situación había sido en todo momento el de Nora Tisdale, británica.

Sí, Tania Ploss sabía que era inútil resistirse, pero… tenía que ganar tiempo, tenía que pensar, tenía que tomar una decisión.

Así que dijo, con gesto de sorpresa:

—No comprendo. Mi nombre…

Peter metió la mano izquierda hacia el bolsillo interior derecho de su bien cortada chaqueta, y la retiró con cuatro pasaportes, que dejó sobre la cama, junto a Tania.

Luego, él y su compañero Albert se quedaron mirando con correcta frialdad a la rubia de ojos verdes.

—Según uno de estos pasaportes, usted debe de ser Nora Tisdale, británica; al menos, su pasaporte con ese nombre es británico. Pero nos gustaría saber qué significan los otros pasaportes. Y sobre todo, nos gustaría saber quién es realmente usted y cómo se ha… introducido en la Maternal Klinic… ¿Qué buscaba allí, y dónde obtuvo usted la pista?

—Pero yo… yo no sé de qué me hablan ustedes…

Albert, que la observaba en silencio, abrió despaciosamente el maletín, sacó el cepillo para el cabello, y tras buscar, encontró su objetivo. Cuando apretó el secretísimo resorte, se oyó un levísimo chasquido, y del extremo del cepillo brotó el agudo estilete de acero, lo hizo reflejar la luz, y luego miró con fría sonrisa a la rubia.

—Curioso artefacto —comentó—. Pero tan curioso como este es

el secador de cabello. Oh, y los pequeños gemelos de teatro, que son un visor para diapositivas o negativos. Y estoy seguro de que si seguimos buscando, encontraremos más cosas interesantes en su fantástico maletín, señorita… señorita…

—Ploss —murmuró esta—… Tania Ploss. Este es mi verdadero nombre. Los otros son falsos.

Sí, estaba pensando. Hilde Funke había mencionado a dos «especiales» que habían llegado en visita de inspección y se estaban interesando por todo. ¡Y tan especiales que eran aquellos dos hombres! Tan especiales como ella misma…, tan espías profesionales como ella misma. Pero ¿qué pintaban dos espías en un asunto como aquel?

—Nosotros —dijo Albert— no tenemos la menor intención de mostrarnos rudos, ni tan siquiera groseros. Lo que le pedimos a cambio, señorita, es que no nos trate como a retrasados mentales. ¿Me he explicado bien?

—Sí —musitó Tania.

—De acuerdo, entonces. Puesto que hemos colocado nuestras respectivas inteligencias a los niveles convenientes, mi compañero va a tener la amabilidad de repetirle las preguntas. ¿Peter?

—Sí. Veamos, señorita: ¿quién es realmente usted, cómo ha conseguido usted la pista de la Maternal Klinic, y qué buscaba usted exactamente allí?

—Me gustaría que… que viniera Hilde… ¿Serían tan amables de llamarla?

—La doctora ha emprendido ya regreso a Lausana, con el doctor Baldus, después de que nosotros hemos conversado con ambos sobre contratiempos en el Chemical Centrum y también, claro está, sobre la… nueva faceta que usted ofrece tras haber sido examinado su maletín. En resumen: no es posible hacer venir a la doctora Funke.

—A la que por otra parte —intervino Albert— no necesita usted para nada. Ni siquiera como intérprete, considerando que hemos llegado a la conclusión de que habla usted nada menos que ruso, francés, inglés, y, obviamente, alemán, con el cual estamos intentando llegar a unas explicaciones sinceras.

—¿Ustedes también hablan varios idiomas?

—Quizás. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno… Son diferentes a los otros hombres que he conocido relacionados con la doctora. Diferentes en el sentido de mucho mejores, claro está.

—Es usted muy amable.

—¿Por qué son ustedes diferentes a los otros? ¿A qué se dedican ellos y a qué se dedican ustedes?

Albert y Peter se quedaron mirando, como fascinados, a la rubia Tania Ploss. Luego, casi a la vez, sonrieron.

—Vamos, vamos, señorita Ploss… ¿Pretende interrogarnos usted a nosotros? Eso es infantil, ¿no le parece? Tan infantil como su intento de ganar tiempo conversando sobre tonterías. ¿Qué espera conseguir haciéndonos perder un poco de tiempo?

—La… la verdad es que… estoy asustada. ¡Muy asustada!

—¿Por qué?

—Pienso… pienso que quizás ustedes me… me quieren matar.

—Esperemos que eso no sea necesario. Pero nos está usted irritando lo suficiente para que, cuando menos, dejemos de ser amables. Cosa que sentiríamos. No nos hace ninguna gracia la idea de romperle la cara a una mujer.

—¿Ustedes son alemanes? ¿O suizos? ¿O…?

—Señorita Ploss, está usted abusando de nuestra cortesía. Si en tres segundos no ha comenzado a contestar a nuestras preguntas, cambiaremos de actitud. ¿De acuerdo?

—Sí. Yo… Bueno, realmente, yo me llamo Tania Ploss, y me dedico a… a ofrecer pasaportes falsos.

Albert y Peter la contemplaban pasmados, atónitos.

—¿Cómo ha dicho? —musitó por fin Albert.

—Ofrezco pasaportes falsos. En realidad, esos que ustedes han encontrado son una muestra.

—Una muestra —repitió Peter, todavía atónito—… ¿Una muestra de pasaportes falsos que usted va ofreciendo para la venta?

—Sí. ¡Exactamente! Bueno, mi jefe…

—¿Su jefe? ¿Quién es su jefe?

—Bueno, les juro que no sé su verdadero nombre, pero él… Tania Ploss ya no dijo nada más.

Se limitó a entrar en acción.

Su mano derecha, que había estado moviéndose acompañando sus palabras con elegantes gestos, dejó de ser elegante, dejó de ser

delicada, dejó de ser incluso bella cuando, súbitamente crispada, se dirigió lateralmente hacia el rostro del hombre que se sentaba, en el borde de la cama a su derecha. La mano, convertida en pura roca, silbó brevemente en el aire, e impactó con seco chasquido entre el labio superior y la nariz de Peter, sobre los dientes.

Era un golpe mortal.

Y lo fue. El labio se partió como si fuese de simple mantequilla, y el golpe sobre los dientes repercutió con tal fuerza en el cráneo que este se partió, produciendo la muerte fulminante del hombre y derribándolo de lado sobre la cama…

Y todavía estaba rebotando en esta para caer al suelo cuando Tania Ploss lanzaba otro golpe, ahora hacia Albert, que había respingado fuertemente, y, pálido, llevaba la mano derecha hacia la axila izquierda, comenzando a ponerse en pie de modo que el maletín salió disparado de sus rodillas.

No llegó a ponerse en pie.

El patadón horizontal aplicado por Tania le alcanzó de lleno en los testículos, aplastando todo el paquete genital. Albert emitió un ahogado berrido, y cayó hacia atrás, terminando de derribar la silla… y de sacar la pistola.

Estaba apuntando con ella hacia el techo, semiaturdido por el intensísimo dolor que desde sus genitales irradiaba brutalmente a todo su cuerpo, cuando Tania saltaba sobre él, con la rapidez y la facilidad de una gata. Quedó sentada sobre el vientre del hombre, y su mano izquierda sujetó la muñeca derecha de él, fuertemente, desviando hacia un lado la línea de tiro de la pistola.

—Suéltela —jadeó Tania—… ¡Suelte la pistola!

Su mano derecha se clavó, como una garra de acero, en la garganta de Albert, que la miraba con ojos desorbitados…

—¡Suéltela, o lo mato! —insistió Tania.

Albert intentó quitarse de encima a la gata, pero no consiguió ni siquiera moverse; era como si ella lo estuviese atornillando al suelo. Intentó soltar su mano derecha, y no lo consiguió. Entonces, comenzando a lanzar espuma por la boca, comenzó a golpear con su puño libre a la rubia de los ojos verdes, mientras su mano derecha, ya sin pretender liberarse de la presión de la izquierda de Tania, comenzaba a desplazarse…

En un instante, Tania supo lo que podía ocurrir: la fuerza física

de Albert era superior a la suya. Y así, mientras la estaba golpeando con el puño en el costado y en la cabeza, su brazo derecho estaba venciendo al suyo izquierdo, de tal modo que no tardaría en conseguir apuntarle a la cabeza con la pistola…

—¡Tú te lo has buscado! —jadeó Tania.

Retiró la mano derecha de la garganta de Albert, la alzó sobre la frente de este, y la bajó con toda su potencia. La frente del hombre crujió, pareció que los ojos fuesen a saltar de las órbitas, todo su cuerpo experimentó una sacudida… Todo, en menos de un segundo. Cuando se completó el segundo, Albert estaba muerto.

Jadeando, Tania estuvo unos segundos mirando el congestionado rostro del hombre. Luego, se puso en pie, fue a sentarse en el borde de la cama, y miró a Peter. De nuevo a Albert. De pronto, miró hacia la puerta, alarmada. Corrió hacia allí, y escuchó a través de la madera.

No se oía nada. Silencio total. Seguramente, todo el mundo dormía en aquel sótano de la Chemical Centrum. Solo ellos, los «especiales», habían estado trabajando a aquella hora…

Lo primero que hizo Tania Ploss fue recoger su maletín. Lo colocó sobre la cama, abrió el doble fondo que ellos habían descubierto, y enseguida se percató de que faltaban los diez mil dólares aproximadamente que solía llevar en efectivo para emergencias. Y faltaba también su talonario de la cuenta-clave que tenía en Suiza… Encontró el dinero repartido en los bolsillos de Albert y Peter, y el talonario en uno de este último. Le quitó la pistola, que tiró sobre la cama, haciendo lo mismo acto seguido con la de Albert. Luego, guardó el dinero, el talonario y los pasaportes en el doble fondo, cerró este, y se dedicó a recoger todas las cosas que habían caído fuera del maletín, examinándolas para repasar los posibles estropicios.

Había un único y «tremendo» estropicio: su maquillaje facial sólido, que tan pocas veces usaba, había saltado de su estuche. Eso era todo. Lo demás, estaba intacto. Incluso, por fortuna, las ampollas de gas narcótico, las de gas letal, y las cápsulas explosivas incendiarias que guardaba en diferentes tarros de crema y maquillaje, que nunca usaba, pero cuya presencia en un maletín de señora estaba perfectamente justificada.

Incluso estaba la pistolita. Y, por supuesto, el paquete de

cigarrillos que contenía la radio camuflada, la cual, para funcionar, solo precisaba determinado requisito: tirar hacia arriba de uno de los cigarrillos.

Y Tania Ploss tiró hacia arriba de uno de los cigarrillos. La respuesta tardó casi diez segundos en llegar:

—¿Sí? —Sonó la voz de hombre.

—Buenas noches, Simón. O casi buenos días, me parece.

—¡*Baby*! —exclamó Simón-Berna—. ¿Está usted bien? ¡Son las cuatro de la madrugada…!

—Es lo malo de nuestra profesión —murmuró Tania Ploss—: no tenemos un horario fijo y cómodo. ¿Conoce un lugar llamado Chemical Centrum? Es una fábrica.

—¿Chemical Centrum…? No. Pero espere un momento. ¿Puede hacerlo, puede esperar unos segundos?

—Supongo que sí.

Los segundos se convirtieron en casi minuto y medio antes de que volviese a oírse la voz de James Huxley:

—Localizado —dijo—. Es una fábrica, en efecto… Pero no está en Lausana, sino en Berna.

—Sí, lo sé. Yo también estoy en Berna. Me han traído dentro de un coche que viajaba dentro de un camión. Ahora estoy en el sótano de la Chemical Centrum…, en el cual también está Greta Ratzel… y muchas otras muchachas embarazadas. En cuanto al feto que Stockwell llevó a la casa de usted…

—¡Espere, espere…! —exclamó Huxley—. ¡No puedo seguirla, me está usted desbordando de información! ¿De qué está hablando? ¿Muchachas embarazadas en una fábrica de productos químicos?

—Vamos a tomarnos las cosas con calma —convino Tania Ploss —. Pero, mientras yo le explico lo que sé y lo que tendrá que hacer usted acto seguido, dé la orden de que todos nuestros compañeros dejen lo que están haciendo ahora y se reúnan, para venir al frente de usted, y bien armados, al Chemical Centrum. ¿Comprendido esto?

—Sí, sí… Un momento, daré la orden —transcurrieron unos segundos hasta que Huxley volvió a oírse por la radio—… Todo está en marcha. La escucho con toda atención.

Tania procedió a la explicación, que redujo a su mínima expresión, pero sin omitir detalle alguno. Una explicación concisa y

exacta, que no se interrumpió ni siquiera cuando Simón-Berna lanzaba exclamaciones de incredulidad. Por fin, el jefe de la CIA en Berna, preguntó:

—Pero… ¿qué pintan dos espías profesionales en un asunto tan… extraordinario y grotesco como este? ¿Qué tiene que ver el espionaje con las investigaciones de ese criminal chiflado…?

—No lo sé. Y ellos no podrán decírnoslo.

—¿Son alemanes?

—Sí. Eran alemanes. Pero tengo el presentimiento de que es no significa nada. Lo mismo podrían haber sido rusos, que británicos, o incluso, norteamericanos.

—¡No lo entiendo!

—Mire, Simón, sea como sea, Ben Stockwell involucró a la CIA, por su condición de agente, en este asunto. Y sea cual sea el móvil básico de todo esto, nosotros vamos a investigarlo. Aunque básicamente la cuestión no sea de espionaje, algo hay seguro: unas… personas, están utilizando de modo inhumano a otras. Para mí, es más que suficiente: yo aniquilaré a Baldus y a los suyos. ¿Está claro?

—Está clarísimo.

—Entonces, reúna usted a todos y vengan al Chemical Centrum a toda prisa. Pero no ataquen, no se dejen ver: yo volveré a llamarle para darle instrucciones definitivas. Ahora bien, si a las siete de la mañana no tiene noticias mías, o antes de esa hora observase inusitado movimiento en el Centrum, el caso es completamente suyo.

—Escuche, no tiene por qué correr usted riesgos innecesarios. Podemos…

—Le volveré a llamar.

Tania Ploss cerró la radio, la guardó en su maletín, hizo lo mismo con las pistolas de Albert y Peter, empuñó su pistolita de cachas de madreperla con la mano derecha, y asiendo el maletín con la izquierda, salió del dormitorio que le habían asignado.

Capítulo VII

Cinco minutos más tarde sabía que no había nadie en el laboratorio, ni en el quirófano, ni en la sala de los fetos. Regresó a esta última desde el quirófano, cerró la puerta, y se acercó a las estanterías repletas de grandes botellas conteniendo lo que podían haber sido seres humanos normales.

Se sentía fuerte, dispuesta a soportarlo todo, pero, a medida que iba viendo aquellos… seres flotando en formol, iba notando una densa y profunda sensación de angustia y de horror. Incluso llegó a preguntarse si aquello podía estar justificado aunque fuese en nombre de la Ciencia. Había embriones apenas formados cuyo desarrollo calculó que no podía ser superior a los dos meses de gestación. Incluso pequeños cuerpos…, formas más bien, cuyo tamaño no era mucho mayor que el de un huevo de gallina. En un frasco, había varios de estos embriones. En otros frascos había cuerpos monstruosos; y en otros, fetos normales, algunos de ellos, sin duda, desarrollados hasta el momento del alumbramiento…

—Por el amor de Dios… —musitó.

¿Podía existir alguna disculpa, en nombre de la Ciencia? La respuesta podría ser afirmativa si Ludwig Baldus hubiese aprovechado aquel «material» una vez separado de la madre por causas fortuitas o naturales. Pero, si ella había entendido bien (y por supuesto que lo había entendido bien), Baldus inyectaba medicamentos de prueba en mujeres sanas, provocando aquellas monstruosidades a fin de «estudiarlas»…

El silencio era pavoroso.

Y el tiempo iba pasando. Simón-Berna y los demás compañeros de la CIA debían de estar ya muy cerca del Chemical Centrum. Así que no tenía por qué esperar más.

Las propias conclusiones de *Baby* la llevaban a pensar que los hombres de bata blanca que había visto antes con Baldus no podían

estar muy lejos de allí. Posiblemente, ocupando algunos de los dormitorios del pasillo grande. Así que se proveyó de varias ampollas de gas narcótico. Se pasó el asa del maletín por la muñeca izquierda, sujetó cuidadosamente con esta mano las ampollas, y, de nuevo empuñando la pistolita con la derecha, abandonó la sala de los fetos.

Segundos después, empujaba la primera puerta de la derecha del pasillo amplio. Cedió. Y eso fue suficiente para ella. Si dentro de aquel dormitorio hubiese habido alguna de las muchachas, la puerta habría estado cerrada, como habían cerrado la suya. Así pues, quien había allí dentro, y cuya respiración percibía, era gente de la casa. Tiró dentro de la habitación un par de ampollas, y cerró rápidamente. Esperó quince segundos, abrió de nuevo, y buscó el interruptor de la luz. Cuando encendió esta, vio los dos camastros, uno a cada lado del dormitorio. Y en cada camastro, un hombre, durmiendo apaciblemente. Uno de ellos era el que había visto salir de la sala de los fetos con el que había llamado C-29. El otro había estado con Baldus en el laboratorio. Es decir, que faltaban los otros dos que habían estado con Baldus allí.

Por instinto, Tania Ploss se dirigió hacia la puerta de enfrente. La abrió, y repitió toda la operación… Cuando encendió la luz, los otros dos hombres quedaron visibles, también durmiendo apaciblemente. Y no solo por causas de sueño natural o de agotamiento, sino bajo los efectos del gas, que los mantendría así durante cuarenta y ocho horas.

—No creo que haya nadie más aquí abajo —reflexionó la bellísima rubia—… Ahora tengo que encontrar las llaves.

Las encontró, detrás de aquella misma puerta, colgando de dos grandes llaveros, simples aros de acero. Un minuto más tarde, abría la primera puerta, tras varios intentos con diversas llaves. Encendió la luz, entró, y se quedó mirando a la muchacha que se sentaba en la cama, adormilada, pero ya formándose en su rostro una expresión de miedo y angustia.

—Tranquilícese —le sonrió la rubia—: va a salir de aquí dentro de pocos minutos.

Al oír esto, la muchacha abrió mucho los ojos, y se apresuró a salir de la cama, anhelante el gesto, casi histérico. No preguntaba nada, no desconfiaba; simplemente, tan solo con oír que iba a salir

de allí, se ponía en movimiento…, pesadamente, puesto que su estado de ingravidez era ya muy avanzado. Tanto, que Tania calculó que no debía de faltarle mucho para dar a luz.

Se acercó a la muchacha, que se había quitado el camisón y comenzaba a vestirse frenéticamente, y le dio una palmadita en un hombro.

—No se ponga nerviosa. No hay prisa… Y sobre todo, no grite, no haga nada que pueda provocar la alarma. ¿Sabe si hay algún sistema de alarma?

La muchacha embarazada movió negativamente la cabeza, y acto seguido continuó vistiéndose, a toda prisa.

—¿Conoce a una muchacha llamada Greta Ratzel? —preguntó Tania.

—No… No. No conozco a nadie más que a… a esos hombres…

—Cálmese. Esto ha terminado. Le voy a dar uno de estos llaveros, para que vaya usted abriendo puertas. ¿Solo habla alemán?

—Hablo… un poco francés…

—Pues a medida que vaya abriendo puertas y despertando a las otras chicas, vaya diciéndoles, en alemán y francés, que no griten, que se limiten a vestirse y a ir reuniéndose, en silencio, en el pasillo. ¿Me ha comprendido?

—Sí… Sí, sí. ¿Quién es usted?

Brigitte Montfort, alias *Baby*, alias Tania Ploss, dio la respuesta que le pareció más tranquilizadora para la muchacha:

—Trabajo en la Policía. Pronto las sacaremos a todas de aquí. Pero tienen que obedecerme sin rechistar. Vaya diciéndoselo a todas… ¿Se encuentra bien? ¿Puede caminar, puede…?

—Estoy bien —la miró la muchacha, con expresión de pronto desorbitada—… Lo que no sé es lo que llevo en el vientre.

Baby se estremeció. Pero no era momento de atender esta parte del asunto. Ese momento llegaría cuando todas aquellas muchachas fuesen puestas en manos de médicos que las atenderían debidamente… Pero las palabras de la muchacha continuaron resonando en la mente de la espía internacional: ¿qué llevaba en el vientre? ¿Un hijo normal, o un monstruo…?

Salieron las dos del dormitorio, y la muchacha procedió a abrir las puertas de un lado del pasillo, mientras Tania Ploss se ocupaba

de las del otro lado.

En menos de dos minutos, y pese a la orden de la espía, había en el pasillo un rumor de voces, de exclamaciones, de sollozos… Muchachas embarazadas comenzaron a aparecer, algunas de ellas todavía ataviadas con el amplio camisón que parecía reglamentario allí, y dispuestas a marcharse así mismo, sin vestirse. Pero, por fortuna, había algunas que conservaban mejor la serenidad y controlaban mejor su emoción de saber que iban a marcharse de allí, y estas ayudaron a Tania a mantener el orden.

Muy pronto, en uno de los dormitorios, encontró a Greta Ratzel, que la contemplaba asustada, pero no tan aterrorizada como otras, desde la cama.

Por un instante, *Baby* estuvo a punto de darse a conocer como amiga de Ben Stockwell, pero en el acto comprendió que eso solo serviría para complicar las cosas. No era momento de dar explicaciones a nadie, ni siquiera a la futura madre del hijo de uno de los Simones de la agente *Baby*. Tiempo habría para ello…, si es que llegaba a ser necesario o conveniente…

—Vístase —dijo Tania, sin dar muestras de conocerla—: nos vamos a marchar todas de aquí.

Greta Ratzel saltó de la cama sin decir palabra, y se quitó el camisón. Tania contempló unos segundos el abultamiento de su vientre sintiendo un nudo enorme en la garganta. Allí, en aquel abultado vientre, estaba todo lo que quedaba de Benjamín Stockwell, agente de la CIA al que se le había prohibido amar mientras permaneciese en el Grupo de Acción… Y ciertamente, Ben Stockwell no había podido amar ni siquiera a su propio hijo…

—Ya… ya estoy —se plantó Greta ante la rubia espía. Tania Ploss tragó saliva.

—Salga al pasillo, y ayude a tranquilizar a las que estén histéricas —musitó—. Sobre todo, tenemos que conservar la serenidad.

—Sí… ¿Quién es usted?

—De la Policía —mintió de nuevo Tania—. Salgamos.

En menos de cinco minutos, la totalidad de las muchachas embarazadas estaban en el pasillo, todas vestidas, aunque algunas de cualquier manera, y otras descalzas. Había alrededor de veinticinco muchachas, dos de las cuales parecían poco menos que

a punto de tener su hijo en aquel mismo momento, y se sostenían en pie solo gracias a la ayuda de otras compañeras de cautiverio.

—Voy a hablar en alemán —dijo Tania Ploss—, y quiero que todas me escuchen bien. Si alguna no habla alemán, que lo diga, y le explicaré lo mismo en su idioma. ¿Alguien no entiende el alemán?

Se alzaron algunos brazos. Tania Ploss se armó de paciencia, y de serenidad. Tuvo que repetir sus instrucciones en francés, en inglés, en italiano, en español, y hasta en ruso, para una de las muchachas. El pasmo de estas era total escuchando a aquella desconocida que, indudablemente, dominaba la situación con firmeza.

—¿Está todo claro? —preguntó finalmente Tania—. ¿Alguna no me ha entendido?

Esta vez no se alzó ningún brazo. Tania miró su relojito, y acto seguido recurrió a la radio.

—¿Simón? —Y añadió rápidamente, en alemán—: Espero que me esté usted oyendo perfectamente.

—Sí —replicó Huxley, también en alemán, un instante dubitativo—… Sí, la oigo perfectamente.

—¿Está todo el dispositivo policial preparado?

—¿El…? ¿Qué ocurre?

—Todo va bien aquí abajo, no ocurre nada. Solo quería saber si usted y nuestros compañeros de la Policía están preparados.

—Sí… Desde luego. Tenemos totalmente controlado el Chemical Centrum.

—Atención especialmente al garaje. Vamos a salir por ahí, del modo que le indiqué antes…, si es posible. ¿Contamos con su protección?

—Naturalmente. Pero tengan cuidado: en efecto, hay un sistema de vigilancia, que suponemos armada, rodeando todo el contorno de la fábrica.

—Lógico, después del sobresalto que les causó nuestro compañero que les robó el frasco. Estén atentos.

Cerró la radio, la guardó, y llamó por señas a las que le habían parecido más serenas.

—Dos de ustedes van a subir conmigo en el primer turno. Las demás se quedarán con el resto de las chicas, e irán subiendo con el

montacargas por grupos. Nada de precipitaciones, nada de histerias… Eviten esto aunque sea a bofetadas. ¿De acuerdo?

Asintieron todas. Tania señaló a dos, y encabezaron la marcha por el pasillo. No había nadie en el vestíbulo de acceso al montacargas. Tania se acercó al botón de llamada, que funcionaba allí sin complicaciones, y lo apretó. Se oyó un chasquido, y en el techo aparecieron las dos compuertas, colgando; acto seguido, el montacargas comenzó a descender. Llegó abajo, entraron las tres solamente, y Tania empuñó la pistola firmemente con la mano derecha. Luego, con la propia pistola, comenzó a apretar el botón del modo que había observado cuando llegó allí en calidad de prisionera. Otro chasquido, y el montacargas comenzó a subir… Solo unos pocos segundos más tarde, el recuadro de luz de arriba se ampliaba. Y todavía no estaban al nivel del piso del garaje cuando las tres vieron al hombre que se asomaba para ver quién utilizaba el montacargas a aquellas horas.

El gesto del hombre no pudo ser más cómico, inicialmente, al ver a las tres mujeres. Pero su pasmo fue brevísimo. Enseguida, mientras lanzaba una exclamación, llevaba la mano hacia la cintura…

Tania Ploss extendió el brazo derecho, y apretó el gatillo de su pistolita. Plof.

El hombre recibió el balazo en el centro de la frente, y saltó hacia atrás piernas en alto, cayendo de cabeza. Quedó inmóvil.

El montacargas llegó al garaje, y Tania salió en primer lugar, corriendo hacia la gran doble puerta, que estaba cerrada. Tardó medio minuto en comprender el mecanismo de apertura, y llamó entonces a una de sus auxiliares, a la que explicó lo que debía hacer. La muchacha quedó junto a los mandos de apertura de la puerta del garaje, y Tania llevó a la otra de nuevo al montacargas, y le explicó cómo debía hacer para que subiese y bajase. El montacargas descendió. Dos minutos más tarde, estaba de nuevo arriba, con la mitad de las chicas. Tania asintió, y se dirigió hacia el gran camión
T. I. R.,
a cuya cabina subió ágilmente.

Se colocó ante los mandos, y se dedicó a examinarlos. Cuando estuvo convencida de que lo había comprendido todo, accionó el

mando que le interesaba…, y lanzó un suspiro de alivio cuando, en efecto, la puerta de atrás del camión, que servía de rampa de acceso, se alzó, pues había estado bajada.

Sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Está el coche dentro? —preguntó.

—Sí —replicó una de las muchachas más serenas—, hay un coche ahí.

—¿Puede alguien retirarlo?

Una embarazada de más de cinco meses subió por la rampa. Tania tardó pocos segundos en oír, a través de la caja del camión, el rugir del motor. El coche fue sacado del interior del camión, y colocado a un lado, mientras el resto de las muchachas ascendían por la rampa, y Tania se acercaba a la muchacha de la puerta.

—Le haré una seña —dijo—. Entonces, abra la puerta, y venga al camión. No se demore, porque tendré que cerrar enseguida la compuerta y salir con marcha atrás. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, sí —casi tartamudeó la muchacha.

Cuando regresaba hacia la cabina del camión, Tania oyó los gritos en la caja de este, y se acercó rápidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Va a dar a luz! —exclamó alguien—. ¡Hace ya rato que había roto aguas, está a punto de tener el bebé…!

—Muy bien: que lo tenga. Ayúdenla como puedan. Es todo lo que podemos hacer.

—¡Pero es que lo está teniendo…!

—¡No podemos hacer otra cosa! ¡De ninguna manera puedo responder de nuestra seguridad si nos quedamos aquí dentro! ¡De modo que hagan lo que puedan!

Corrió a la cabina del camión, puso en marcha el motor, y se asomó, haciéndole una seña a la muchacha de la puerta. Esta accionó los mandos, esperó a ver cómo la puerta comenzaba a abrirse, y corrió hacia el camión. Todavía estaba subiendo por la rampa cuando Tania accionó el mando que la alzaba. Y todavía estaba alzándose la rampa-puerta cuando el enorme vehículo comenzó a desplazarse hacia atrás, lentamente.

La gran mole salió del garaje a la noche fría, como teñida del color anaranjado de las luces de la explanada, que impedía contemplar las estrellas en su auténtica magnitud de brillo. En

alguna parte se oyó el grito de un hombre. Tania Ploss se desentendió, y, ya en la explanada, maniobró para dar la vuelta al monstruo rodante…

—¡Hey! —Oyó el grito—. ¿Qué haces? ¿Adónde vas con…?

El hombre apareció por la izquierda de la cabina, alzando la cabeza parar mirar al conductor, convencido de que era su compañero encargado de la vigilancia interior del garaje, y por tanto, del montacargas… Al ver a la rubia abrió mucho los ojos, y movió la mano en busca de su pistola… Tania Ploss continuó girando la enorme rueda del volante, y el hombre desapareció de su campo visual, pero no sin que antes Tania hubiese escuchado el impacto de una bala contra la cabina.

¿Dónde estaban los Simones?

Aferrada al volante, grande como ninguno de los que había tenido en sus manos en toda su vida, la agente *Baby* comenzó a sudar de angustia. Soltó una mano, y apretó el gran botón del volante. Un sonido fortísimo, parecido a la sirena de un barco, atronó el silencio de la noche en la explanada del Chemical Centrum. Tania apretó de nuevo el claxon, ¡MOOOOCCCMOOOCCC-MOOOOCCCC…!

Estaba terminando de enfilar el camión hacia la salida de la explanada cuando por la ventanilla vio a otro hombre, relucientes sus muy abiertos ojos, como dos ascuas anaranjadas. Por detrás de él llegaba otro, empuñando un fusil automático idéntico al del primero, que comenzó a apuntar hacia la cabina del camión.

Plof, disparó Tania Ploss. El ojo derecho del hombre dejó de reflejar la luz anaranjada, quedó como súbitamente apagado, mientras el hombre caía de espaldas, y el otro se detenía y se echaba el fusil automático al hombro…

Ni siquiera llegó a terminar el gesto. No se oyó nada, pero el hombre dio un salto de conejo, y cayó de cabeza, soltando el fusil. Tania Ploss enfiló el vehículo hacia la salida, en la cual aparecían dos hombres igualmente armados, haciéndole señas para que se detuviera.

¡MMOOOOC-MOOOOCCC-MOOOOOCCC…!

Se estaban encendiendo más luces, incluso algunos focos. Uno de los hombres que hacía señas al camión cayó derribado por algo invisible. El otro se volvió, y, al mismo tiempo que Tania, vio a la

media docena de hombres que corrían hacia la entrada de la explanada, disparando sus silenciosas armas… Petrificado por el asombro, por el desconcierto, el hombre, que permanecía en la salida de la explanada, pareció olvidarse de lo que se le venía encima.

Cuando se volvió, el camión estaba a menos de tres metros. El hombre alzó la mirada, aterrado, lanzó un grito…

¡MoooCOOCCC…!, pasó el camión por encima de él.

El camión salió de la explanada, y comenzó a alejarse del Chemical Centrum…, mientras casi dos docenas de hombres armados comenzaban a cerrar el círculo que habían iniciado eliminando silenciosamente a los vigilantes del exterior. Dos docenas de agentes de la CIA, bien entrenados, bien dirigidos, caían con toda su potencia sobre el desprevenido lugar llamado Chemical Centrum.

Y mientras tanto, la causante de todo aquello se aferraba despavorida al gigantesco volante del vehículo de monstruoso tamaño y potencia. Desorbitados los ojos, Tania Ploss veía pasar los árboles por su lado, como si realmente fuesen ellos los que se desplazasen. Las luces largas del vehículo perforaban la oscuridad, hacían brillar la húmeda carretera en la fría madrugada, y las relucientes hojas de los árboles…

El pequeño pie femenino buscó el pedal del freno. El tacón del zapato se enganchó en alguna parte, y el zapato saltó del pie. El grito brotó de la garganta de la espía al mismo tiempo que el desnudo pie comenzaba a apretar el pedal. El camión pareció deslizarse como sobre aceite de un lado a otro, disminuyó la velocidad, se desvió hacia la derecha de la carretera, luego hacia la izquierda, de nuevo hacia la derecha… Y finalmente, se detuvo, suavemente. Durante unos segundos Tania Ploss estaba mirando hacia el frente, como hipnotizada. Luego, se dejó caer sobre el volante, lanzando un suspiro.

Ni siquiera diez segundos más tarde, un coche se detenía junto al camión, y dos hombres saltaban a tierra a toda prisa.

—¡*Baby*! —gritó uno—. ¿Está bien?

Se encaramó a toda prisa a la cabina, y su rostro quedó frente al de Tania Ploss, que casi gritó:

—¿Sabe usted manejar este monstruo?

—Déjeme el volante. Lo sacaremos de la carretera…

La primera explosión llegó, con acolchado retumbar, hasta ellos. Tania recurrió inmediatamente a la radio.

—¡Simón! ¿Qué ocurre?

—¡No lo sé! —Escuchó la voz de Huxley—. ¡Nosotros no estamos utilizando bombas ni nada parecido, pero una explosión en el Centrum ha…!

—¡Apártense de ahí! ¡Retrocedan a toda prisa AHORA MISMO! ¡RETROCEDAN, ALÉJENSE!

Se produjo otra explosión. Por detrás del camión, el rojo resplandor apareció como una gigantesca luz…

—¡Simón! —gritó *Baby*—. ¡SIMÓN!

—¡Estoy bien, no se preocupe! ¡El edificio está en llamas, lo están destruyendo ellos mismos!

—¡Apártense de ahí! ¿Me oye? ¡FUERA DE AHÍ! ¿Simón? ¡Simón!

—¡Ya lo hacemos, ya lo hacemos…!

—¡Olvídense del Chemical Centrum, vengan con nosotros! ¡Es suficiente!

—De acuerdo, ¡vamos para allá!

El agente de la CIA que iba al volante estaba sacando el monstruo de la carretera, hacia una pequeña explanada a la izquierda de la marcha. Cuando el camión estuvo de nuevo parado, el agente miró a Tania Ploss, y sonrió crispadamente.

—¿Ve? —jadeó—. ¡Ya está!

Otra explosión enrojeció el cielo, retumbó en el cielo, ensombreció el estrellado cielo… Junto al camión se detuvo de nuevo el coche que conducía el otro agente de la CIA.

—¡Hey! —gritó—. ¿Estáis bien?

Baby y el otro saltaron de la cabina. Se quedaron los tres mirando hacia el intenso resplandor y la gran nube de humo. Todavía hubo dos explosiones más.

—Es absurdo —murmuró Tania Ploss—… ¡Es absurdo! ¿Por qué han de morir todos, por qué se… autoeliminan solo por esto? Es una fábrica de productos químicos, no un nido de espías… ¡No lo entiendo! ¿A qué tanto temor de ser capturados? Solo algunos de ellos serían encarcelados por sus actividades…

—Quizás algunas balas hayan acertado depósitos de productos

inflamables, y eso haya desencadenado el resto de la explosiones —dijo uno de los Simones—… Es una fábrica de productos químicos, recuerde.

—Sí… Es cierto, claro. Pero…

—Ahí llegan los demás —señaló el otro Simón las luces de los coches que se acercaban, procedentes del incendio—… Esperemos que nuestras bajas no sean… Bueno…, definitivas.

Miró de reojo a Tania Ploss, que no contestó. Pocos segundos más tarde varios coches se detenían junto al camión, y los hombres comenzaron a salir, mirando todos hacia el incendio. James Huxley corrió hacia Tania Ploss.

—¡No comprendo cómo…! —empezó a decir.

—¿Cuántas bajas tenemos? —cortó Tania.

—Ninguna. Bueno, un par de heridos de poca importancia… ¡No entiendo lo que ha pasado en esa fábrica!

—Productos inflamables —murmuró Tania—…, supongo. De lo contrario, todo me parecería absurdo.

—Claro… Bueno, ¿qué hacemos? No pasará mucho rato sin que este sea el lugar más concurrido de Suiza. El incendio debe de verse en muchas millas a la redonda.

—¿Puede usted llegar a un acuerdo con la policía suiza?

—Puedo intentarlo… Espero que sí.

—Pues consiga ese acuerdo. Y presionando todo cuanto pueda para conseguir que la CIA no sea mencionada. Oficialmente, esto será un caso resuelto por la policía suiza. Ofrézcales el mérito, pero que acepten también las responsabilidades. Y en todo caso, ocurra lo que ocurra, no mencionen a *Baby* para nada.

—Haré todo lo posible.

—Consiga eso, Simón…, y yo conseguiré que antes de tres meses usted sea dado de baja en la CIA con una hoja de servicios impecable y todos los haberes que puedan corresponderle. Y todo lo demás, olvidado.

—Pero por mi culpa…

—He dicho que todo olvidado.

—Gracias. Sé que usted puede conseguir eso para mí, lo sé… Pero me pregunto si me lo merezco.

—Yo he decidido que sí. Cometió usted un error por afecto mal entendido hacia uno de sus hombres. Un error humano…, que

espero le sirva de lección a usted y a otros. Pero yo no voy a perjudicar a un hombre que sabe sentir afecto por otro. Ni a un hombre que prefiere el amor, a la CIA. Greta Ratzel está ahí dentro, en el camión. Cuando tenga su hijo, el hijo de uno de mis Simones, la CIA le enviará cien mil dólares, y así…

—¿La CIA? —Se pasmó James Huxley—. ¡Usted bromea!

—No. Aunque usted no le dirá que es dinero de la CIA.

—¿Yo? ¿Yo tendré que entregarle el dinero a Greta?

—Será su último acto de servicio… para la agente *Baby* —sonrió esta—. Le entregará a Greta el cheque que yo le haré llegar a usted, y le dirá a la muchacha que… que se trata de la prima de un seguro que Ben Stockwell había suscrito a su favor. ¿Está claro?

—Clarísimo: no será la CIA quien le regalará esa cantidad a Greta, sino usted.

—¿Qué más da? Bien, quédese usted al cargo de todo. Yo voy en uno de los coches a Lausana, a entrevistarme con mi querida amiga Hilde Funke… Me llevo a uno de mis… a un agente. Espero que eso no le ocasione problemas.

—Claro que no.

—Entonces, adiós. Quiero que Hilde me explique algunas cosas que todavía no he comprendido bien…

Capítulo VIII

No.

Hilde Funke no le iba a explicar absolutamente nada a Tania Ploss…, a menos que esta optase por suicidarse a fin de reunirse en el más allá con la *Frauen Doktorin*. Cosa que, ciertamente, Tania Ploss no pensaba hacer. Ni siquiera para conseguir que la doctora le dijese dónde vivía en Lausana el doctor Ludwig Baldus, al que, a fin de cuentas, durante el día podría encentrar en la Maternal Klinic…

Durante unos segundos, Tania Ploss estuvo contemplando el cadáver de Hilde Funke. Esta yacía en la bañera, sumergida en agua que si alguna vez había estado caliente, ya no era así. Un agua teñida de rojo escarlata, pero que todavía permitía ver la total desnudez del flaco cuerpo de Hilde Funke, que parecía de cera. Tania tomó con dos dedos un brazo de la doctora, y tiró de él, hasta que pudo verle la muñeca. Se había cortado las venas.

—Es absurdo —susurró Tania Ploss—… ¡Es absurdo! Todo esto es totalmente absurdo…

¿Realmente se había suicidado Tania Ploss? ¿Por qué? ¿Prefería la muerte a unos años de cárcel? Bueno, ¿y por qué no? Algunas personas, ciertamente, preferirían morir a pasar diez o quizá veinte años en prisión… ¿Por qué no podía ser Hilde Funke una de esas personas?

Pero en todo caso… ¿cómo había sabido ella lo ocurrido en el Chemical Centrum… antes de que allí ocurriese nada que pudiera inquietarla? Porque la agente *Baby* estaba convencida de que Hilde Funke había muerto hacía más de dos horas. Es decir, ANTES de que ella derrumbase todo el tinglado relacionado con la Maternal Klinic y con el Chemical Centrum.

Así pues, ¿por qué se había suicidado? Todavía no sabía nada, creía poder estar tranquila, se las prometía muy felices usándola a

ella sexualmente a la noche siguiente, amaba su trabajo… ¿Por qué suicidarse?

La conclusión era por demás evidente para la agente *Baby*: Hilde Funke no se había suicidado. La habían matado. Para cualquiera, aquello sería un suicidio…, pero no para Tania Ploss, no para *Baby*.

¿Y quién la había matado? ¿Ludwig Baldus? Claro que no. No. Y por lo tanto, esto significaba que…

Tania Ploss salió del cuarto de baño, y se precipitó fuera del apartamento de la doctora Funke.

En pocos segundos, estuvo en la calle, corriendo hacia el coche en el que la esperaba el Simón que la había llevado desde Berna a Lausana a toda velocidad, y que al verla llegar le abrió la portezuela. Tania Ploss se sentó a su lado, exclamando:

—¡A la Maternal Klinic! ¡Deprisa, Simón!

—¿Qué ocurre?

—Han asesinado a la doctora Funke… ¡y me temo que lo mismo piensan hacer con el doctor Baldus!

—¿Quién? ¿Quién ha hecho eso?

—No lo sé —se desconcertó Tania—… ¡No tengo ni la más pequeña idea al respecto! ¡Deprisa!

Cuando Simón detuvo el coche frente al edificio de la Maternal Klinic, las primeras luces del día apuntaban en el cielo frío y despejado. Algunos coches más estaban maniobrando en el amplio estacionamiento de la clínica, de la cual salía personal todavía, mientras otras personas se disponían a comenzar su jornada de trabajo.

Simón miró su reloj.

—Son las siete… Debe de ser la hora del cambio de turno en esta clínica.

—Espéreme aquí. Y desde luego, si ve salir a Baldus, deténgalo… como sea.

—No creo que un hombrecillo como el que me ha descrito sea difícil de dominar —asintió el agente de la CIA—. Vaya tranquila: si él sale por esa puerta, lo identificaré. Y no se me escapará.

Tania Ploss asintió, salió del coche, y se dirigió hacia la entrada de la clínica, cruzándose con hombres y mujeres; médicos, enfermeras, auxiliares… Unos con aspecto fatigado, otros con gesto

animoso, dispuestos a afrontar la jornada…

—Traigo un recado urgentísimo de la doctora Funke para el doctor Baldus —explicó rápidamente Tania a la recién instalada recepcionista, de impoluto uniforme—… ¿Dónde puedo encontrarlo?

La recepcionista no se inmutó.

—Quizás el doctor no haya llegado todavía —dijo amablemente —, pero lo miraré.

El ordenador dijo que sí, que el doctor Baldus había llegado ya, y que, por el momento, se hallaba en su despacho. Tania, que había leído el mensaje en la pantalla, no le dio tiempo a la recepcionista a hablar.

—¿Dónde está su despacho?

—Primer pasillo, tercera puerta a la izquierda. ¿Aviso al doctor Baldus?

—No hace falta; nos conocemos bien. Gracias.

Primer pasillo, tercera puerta a la izquierda… La puerta se abría en aquel momento, y una joven y sonriente enfermera salía del despacho. Una de esas enfermeras que levantan el ánimo de cualquier enfermo. Tenía unos ojos azules preciosos, y sus rojos labios se estiraban en una sonrisa que casi era risa.

Tania se detuvo frente a ella en el momento en que la muchacha cerraba la puerta.

—¿Está el doctor Baldus en su despacho? —le preguntó. La enfermera la miró con cierta expectación.

—Así es, pero se halla ocupado. Nadie debe molestarle.

El tono era cortés, casi amable, pero firmísimo. Tania Ploss sonrió también encantadoramente.

—Oh, entiendo —asintió—. Bueno, intentaré verle más tarde. Muchas gracias, señorita.

—No se merecen. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No, no… Esperaré en la salita hasta que el doctor pueda recibirme.

—Es lo mejor. ¿Sabe dónde está?

—Sí, sí, no se preocupe.

—Yo también voy para allá.

—Ah.

Tania Ploss desandó el camino recorrido, hacía unos segundos,

al lado de la enfermera. Al llegar al vestíbulo se despidió de la muchacha, y entró en la salita de espera. No estuvo allí dentro ni diez segundos. Asomó la cabeza, comprobó que la enfermera ya no estaba a la vista, y regresó a toda prisa al despacho de Baldus. Empujó la puerta, y entró, cerrando tras ella.

Enseguida vio a Baldus.

Estaba tendido en el sofá, como durmiendo… Pero Tania Ploss lanzó una exclamación, y se precipitó hacia el hombrecillo, tomándole el pulso inmediatamente. Todavía latía. ¡Pero tan débilmente…! Estaba en mangas de camisa, lo que en principio no mereció mayor interés por parte de Tania Ploss. Pero, un instante más tarde, en la parte de la cara interna del codo izquierdo, vio la gotita de sangre, destacando en la blanca tela. Rápidamente, alzó la manga, y se quedó mirando el pinchazo intravenoso, del que brotaba la gotita de sangre…

Algo pareció estallar en la mente de Tania Ploss: ¡la enfermera!

¡La joven, bonita, simpática, encantadora enfermera de los bonitos ojos azules…!

Abrió el maletín para recurrir a la radio y avisar a Simón, pero se detuvo.

Avisarlo ¿de qué? ¿De que una enfermera joven debía ser detenida? ¿Cuántas enfermeras debía de haber ahora en la explanada, subiendo o apeándose de su coche, llegando o a punto de marcharse…?

Olvidando a la enfermera asesina, Tania Ploss se apresuró a cargar su propia jeringuilla con la potente droga que utilizaba tan de tarde en tarde, cuando precisaba que alguien a quien ella había narcotizado con sus ampollas de gas, se recuperase antes del plazo previsto. Casi frenéticamente, y mientras veía el golpe en un lado de la cabeza de Baldus, la espía internacional cargó la jeringuilla, y acto seguido, sin la menor vacilación, pinchó la misma vena que había sido pinchada anteriormente. Apretó el émbolo, retiró la aguja, guardó la jeringuilla, y se inclinó sobre Baldus, moviéndole suavemente la cabeza.

—Doctor Baldus… ¡Doctor Baldus!

Los párpados del anciano se movieron, se alzaron lenta y pesadamente. Una incierta mirada vagó por el techo del despacho antes de centrarse en la rubia Tania Ploss. Un sudor copioso estaba

apareciendo en la amplia frente del médico, en su gran cabeza casi completamente calva… Su rostro estaba frío como hielo.

—¡Doctor Baldus!

—Seño… rita… Ploss… ¿Cómo está… usted… aquí?

—La enfermera. ¡La chica que le ha inyectado! ¿Quién es, dónde puedo encontrarla?

—No la… conozco… Pero es de ellos… de ellos…

—¿De quiénes?

—De la Galaxia… De la Ga… laxia…

—¿De qué está hablando?

—Pagamos… los errores… Usted no sabe con quién se… se ha metido, se… señorita… Ploss…

—¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¿Qué pretenden realmente con esos fetos monstruosos, con sus investigaciones?

Una seca risita quebrada brotó de los labios de Baldus.

—Mis investigaciones… son… una gota de agua en el mar… Es solo… una parte de… de la Galaxia… Quieren controlar… controlar todo el mundo… Todo… Guerras, pestes, hambre…, asesinatos…, masas humanas…, bombas… Galaxia… Galaxia Cor… Corpora… tion… armas, epidemias, bebidas… Usted… usted no sabe… lo que ha hecho, está… está… condenada… a… a muerte… la Galaxia no la dejará… vivir… la Galaxia…

—Pero ¿de qué me está hablando, quiénes…?

La cabeza de Ludwig Baldus quedó inerte en la mano de Tania Ploss, que le sujetaba por la barbilla. Los ojos quedaron abiertos, como mirando los verdes de la rubia, pero ya sin verlos.

La droga había interrumpido el rápido viaje de Baldus hacia la muerte, pero solo por unos segundos. Unos pocos segundos de lucidez. Si *Baby* no le hubiese inyectado su droga, Baldus habría muerto sin enterarse, pero de este modo, sí se había enterado.

Y hasta había dicho quién le había asesinado…, aunque la espía no estaba segura de haber entendido bien. ¿Galaxia? ¿Galaxia Corporation? Y eso… ¿qué era? Tania Ploss se irguió, tomó su maletín, y salió del despacho del doctor Baldus. Medio minuto más tarde, se sentaba junto a su compañero Simón, que la miró desconcertado.

—¿Ya ha solucionado sus asuntos con Baldus?

—Vámonos de aquí —murmuró la agente *Baby*.

Este es el final

—En resumen —murmuró Número Uno—, que acabaste con una fábrica de productos químicos donde se experimentaba con fetos en busca de lograr medicamentos perfeccionados.

—Cuanto más pienso en ello —murmuró también Brigitte—, más me convenzo de que allí se hacía algo más que eso, mi amor. Tengo la sospecha inquietante de que se experimentaba en muchas más cosas. Pero nunca lo sabremos, porque todo el Chemical Centrum quedó convertido en cenizas, y nadie sobrevivió. Absolutamente nadie.

—Y según tú, a propósito, provocado todo por las mismas personas que ordenaron que Baldus y la doctora Funke fuesen eliminados. Es decir, que han destruido una valiosísima fábrica, y han asesinado a dos de sus mejores empleados, más los que había en la fábrica…, todo con tal de que el asunto quedase zanjado así…, mientras que, en la realidad, había o hay muchas más cosas.

—Como Baldus dijo, parece que yo solo he encontrado una gota de agua en el mar. He encontrado unos… pequeños ataúdes de cristal, y he evitado que hubiese muchos otros. Pero se diría que eso no ha sido nada…

—Estás pensando en lo que te dijo Baldus: hambre, pestes, armas, guerras, asesinatos… ¿No es así?

—Sí —asintió Brigitte—… ¿Nunca has oído mencionar algo que se llama Galaxia Corporation? ¿De verdad?

—De verdad.

Estaban los dos, completamente desnudos, tomando el sol en el césped que rodeaba la piscina de Villa Tartaruga, residencia del *signore* Angelo Tomasini, alias Número Uno, el espía masculino más completo de todos los tiempos. El día era hermoso, el cielo radiante de sol, el mar, abajo y lejos, refulgía en azul intenso… Y hasta

habían pasado por encima de ellos, poco antes, unas cuantas gaviotas. Y sobre todo, Brigitte tenía el elemento más indispensable para su felicidad: el propio Número Uno.

—Estamos hablando demasiado, ¿verdad? —preguntó ella.

—Para mi gusto, sí —asintió Uno.

—Bueno… Quizás ha llegado el momento de que hagamos otra cosa. Pero no aquí, pues podría vernos *Mamma* Maria… ¿Vamos a nuestro escondite entre las flores?

Un minuto más tarde, y siempre desnudos, ambos desaparecían entre el gran macizo de flores. Se tendieron en el mullido césped al que llegaba un dibujo de sol ardiente que iluminaba su piel, y Brigitte se abrazó enseguida a Número Uno, que no necesitó más indicaciones. Tomó lo que ella le ofrecía, y el abrazo de Brigitte fue aún más fuerte, más estrecho.

—Te amo tanto —susurró, entregándose completamente.

También sus bocas se unieron. Y así, unidos completamente como solo un hombre y una mujer que se aman pueden unirse, emprendieron una vez más en aquel día el vuelo del éxtasis, fuertemente abrazados.

La unión era tan total, tan hermosa, que Brigitte *Baby* Montfort salió enseguida volando en un estallido de felicidad, acompañada del hombre que amaba.

Y mientras se diluían en el gran placer de su amor tan íntimamente compartido, ninguno de los dos se acordó siquiera de algo llamado Galaxia Corporation.

Cosas del amor, que hay que disfrutarlo… mientras se pueda.

FIN

Notas

[1] Véase *El salario de los espías*, la primera aventura de Brigitte. < <

[2] *Jardín de las rosas*, en alemán. <<

[3] *Doctora de Señoras*, en alemán; se sobrentiende: Comadrona. < <